FAUSTO GARAY

UN CAUDILLO



EDITORIAL NUEVA AMERICA

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

EDICIONES
NUEVA AMERICA

NUESTRO PROPOSITO

Por la libertad del espíritu sin la cual no hay verdadera libertad.

Actitud combatiente, por una América auténtica incorporada al mundo por los caminos de la fraternidad y la justicia.

Contribuyendo a crear la conciencia de quienes somos, para saber hacia donde vamos.

Buscamos para nuestros libros las manos del pueblo, modeladoras de todo progreso y grandeza humanos.

Dirección y Administración Durazno 1748

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

Fausto Garay - Un Caudillo

Casa de las Crónicas,

Bañado de Medina
Verano de 1940.



EDITORIAL NUEVA AMERICA
MONTEVIDEO



S. O. D. R. E.

ESTUDIO AUDITORIO

TEMPORADA OFICIAL 1942

LA COMEDIA NACIONAL

DIRECTOR: Carlos Calderón de la Barca

Miércoles 15 de Abril a la Hora 21

GRAN ACONTECIMIENTO

ESTRENO

Fausto Garay - Un Caudillo

Tres actos del prestigioso escritor JUSTINO ZAVALA MUNIZ

REPARTO (por orden de aparición)

Loreta	MATILDE RIVERA
Agustina	**CARMEN CASNELL**
Carmen	MARIA LUISA ROBLEDO
Margarita	DELFY DE ORTEGA
Mansilla	DOMINGO MANIA
Desertor	LUIS PEREZ AGUIRRE
Cornelio	VICTOR BARRUECO
Fernando	LUIS A. OTERO
Fausto	**EDUARDO CUITIÑO**
Jorge	CARLOS TOLVE
Calixto	RUPERTO CASTRO
Eduviges	PEDRO ALEANDRO
Demetrio	LUIS NEGRO
Máximo	FRANCISCO VAZQUEZ
Payador 1º	ARMANDO PAREDES
Payador 2º	ENRIQUE GUARNERO
Domador	RUPERTO CASTRO
Martín	ALBERTO RODRIGUEZ
Ombú	PEDRO ALEANDRO
Colinas	DELFY DE ORTEGA
Nube	ELBA MANIA

Raúl Pampín, Apuntador. — Alberto Rodríguez, Traspunte. — Antonio Brucella, Maquinista.

ESCENOGRAFIA: ARIEL SEVERINO

Programa del estreno

R. Bracera

Dedicatoria

Al recuerdo de mi Madre.
En su luz tierna y heroica
evoqué estas vidas.

ACTO PRIMERO



Eduardo Cuitiño en Fausto Garay

ACTO PRIMERO

Patio interior de una vieja estancia del Uruguay. Al fondo, una larga pared blanca en la que se abre la amplitud de la puerta del zaguán; y a derecha e izquierda de ésta, dos altas ventanas practicables. En el alféizar de ambas, tiestos con flores campesinas. Coronando el techo de rojas tejas, un altillo cuyo balcón hacia el patio es tan ancho como para que en él puedan estarse dos personas. A la derecha se alzan, entre amplios espacios, tres gruesas columnas blanqueadas sobre las que se sostiene el techo del galpón. Una achatada construcción de techo de teja, en la que se alínean la cocina, despensa y cuarto en que vive la sirvienta —todos con puerta de madera y practicables—, recuadra el patio por el lado izquierdo. Entre las esquinas de las construcciones, espacios por los que se asoma la grandeza del cielo y de los campos vacíos y silenciosos. En el centro de la escena, un aljibe de azulejos. Hacia la izquierda, un paraíso da sombra a un banco de piedras rosadas. Desde la lejanía se está acercando un morado atardecer de otoño que irá extendiendo, a medida que la acción transcurra, azuladas sombras de la noche llegando.

ESCENA PRIMERA

(Sobre una pequeña mesa colocada entre la puerta de la cocina y la despensa, LORETA se ocupa en cortar la carne para la cena aprovechando la incierta luz de la tarde. Es una mujer pequeña, gruesa, de anchas caderas y senos vastos. Su piel curtida por los soles, arrugada por los años, tiene el tono cobrizo de la criolla por cuya

AGUSTINA. — ¡Ah, claro; el pobre, tantos años, toda la vida acompañándolo... y ahora haberse quedado!...

LORETA. — ¿Y qué iba a hacer? Si hubiera sido por maula, no digo nada. Pero que lo haiga dejao de compaña en esta casa, qué más orgullo? Cuando el cielo se parte en pedazos y la tormenta ciega al claro día con una noche incendiada de relámpagos, sobre qué árbol, sino el más alto, cái el rayo?

AGUSTINA. —

(Sentándose en el banco.)

¡Ah, qué largo cansancio sin reposo, el de un peligro invisible y cercándonos!

LORETA. — ¿Usté también oyó a los chajás? Parecía, talmente, que anduvieran entre ellos en el bañao.

AGUSTINA. — Y los perros de la noche ladraban con ladridos de miedo.

LORETA. — ¿Serán los que ya vuelven? ¿Habrá terminao todo, mismo?

AGUSTINA. — Desde que pasó lo de Los Talitas, todo ha vuelto a quedar en silencio.

(Con desolación.)

¿Qué será de los míos?

LORETA. — Si ha concluído, como dicen, áura es cuando hay más que temer. Los deudos de alguno en cuyo pecho su lanza abrió roja puerta a la muerte, pueden, despechaos, querer vengarse en las mujeres antes de volver al pago. ¿No halla?

AGUSTINA. — Su nombre nos protege como una lanza. Su prestigio forma escuadrones de sombras que rondan y defienden su casa.

LORETA. — ¡Ah, sí!; pero un desalmao nunca falta...

AGUSTINA. — Ni un justiciero.

LORETA. — El campo es grande.

AGUSTINA. — Siempre es más larga que sus distancias, la vida del que busca su justicia. Usted ve: entre nosotros, se hereda el campo y el agravio. El nieto puede gastar la tierra que recibió del abuelo; mas no la memoria de la ofensa heredada.

sangre corren mezcladas la del español y el indio. Reposada la expresión de los ojos negros y los labios carnosos, habla con voz humilde y lenta. No gana allí sueldo alguno pues no contrató nunca su trabajo. Generosamente fué acogida en aquellos patios, y con ánimo idéntico cumple ella los domésticos quehaceres, siendo por las tareas que realiza, sirvienta; y por la amistad con que la tratan, compañera de las mujeres de la casa. Así, y aunque tiene sesenta años, que apenas si blanquean el lacio pelo negro anudado en un moño abundoso en la nuca, ella no recuerda desde cuándo su vida está unida a la estancia. Tal vez desde el principio de su raza; más allá de aquel abuelo que acompañó a FAUSTO GARAY cuando en su mocedad éste cruzó los primeros rumbos de la guerra.)

LORETA. —

(Suspirando.)

¡Ay, Dios mío!...

(Por la puerta del zaguan sale AGUSTINA. Es baja; más bien delgada. Aureolada por el cabello totalmente encanecido, su fisonomía es de una dulce franqueza. Los vientos de pasión que han sacudido su alma, han humillado su voz y apagado el brillo de sus ojos negros. Sólo queda en ella con el frescor de la juventud, la ternura de sus manos hacendosas y ese andar nervioso con que siempre la encontró el sol al amanecer sobre sus patios, y la dejó al caer en las lejanías azules y calladas que la estancia vigila desde el alto cerro.)

AGUSTINA. — ¿Volvió Mansilla, Loreta?

LORETA. —

(Sin dejar su trabajo.)

Recién se sentía venir balando la majada cerro arriba.

AGUSTINA. —

(Desde una esquina de la casa avizora el horizonte ya oscurecido.)

¿Se habrá encontrado con alguno?... ¡Demora tanto!

LORETA. — Capaz. Aunque más seguro es que se haiga llegao hasta la pulpería. En cuanto puede, por cualisquier hache se da un galope hasta allí. Ya que no pudo verla, se conforma con llenarse los oídos de historias y mentiras en la reja.

LORETA. —

(Con grave convicción.)

Así ha pasao, es verdá, tantas veces. Nuestro destino comienza en nuestros abuelos. Digo yo...

AGUSTINA. — Y aunque se esconda o parezca que cambia en otros hechos, se alarga en nuestros nietos.

LORETA. — Así es, mismo, doña Agustina. Aquí estoy yo no más, que vi a mi abuelo seguir al General, después a mi padre, y al pobre finao de mi marido, y áura le entregué mi muchacho.

(Con orgullo.)

¡Tantos le di y fueron muertos, y todavía tuve uno pa darle!

AGUSTINA. —

(Sonriendo benévola).

Tantos desaparecidos y siempre sobre el caballo un hombre, igual a aquéllos! No hay muerte que lo mate, ni miedo que lo esconda; más fuerte vive él sobre la tierra, que toda cosa.

LORETA. — ¡Ah, sí; el hombre siempre será el hombre... por más que lo aten!

AGUSTINA. — Y nuestro corazón de angustia temblando por perderlo, y más queriéndolo cuanto más lo vemos galopar hacia el peligro y dejarnos envueltas en llanto.

ESCENA SEGUNDA

(En el balcón del altillo asoma CARMEN. Es alta, de apretadas formas en que florece su juventud. El sol campesino no ha alcanzado a tostar el blanco iluminado de su rostro en el que la ternura y una dulce gravedad están acompañándose desde la frente espaciosa hasta el mentón agudo y firme. Su voz como el ademán y el gesto, tienen un seguro reposo detrás del cual se advierte el ánimo sereno con que piensa y vive.)

CARMEN. —

(Inclinándose para hablar a su madre).

Mama, ¿quién anda en el cerro?

AGUSTINA. —

(Incorporándose.)

¿No será Mansilla?

CARMEN. — Desde aquí he visto a las lecheras irse levantando y quedar atentas como si alguno pasara entre ellas.

LORETA. — ¿No alcanzás a ver a nadie?

CARMEN. — Desde la altura la nochecita ya confunde las sombras. Mire usted; puede ser que lo vea pasar contra el filo del horizonte.

LORETA. —

(Para hacer lo que le han indicado se asoma al espacio entre la casa y su cuarto. Allí se agacha y observa a ras de tierra, mientras habla.)

No alcanzo a distinguir nada. Sí... ahí se aleja el toro mugiendo por el cuesta abajo... El caballo ha hecho un círculo de galope en la soga. ¿Quién es que los perros no ladran?

(La angustia va creciendo en las voces.)

CARMEN. — ¿Estará esperando la noche?

AGUSTINA. — ¡Ay, que no sea un chasque de desgracia, que vacila y se detiene sin atreverse a golpear nuestro corazón con una espantosa noticia!

CARMEN. — ¿Qué desdicha ha de traernos, Mama? ¿No dicen que ya terminó todo?

AGUSTINA. — ¿Será cierto que todo acabó en Los Talitas?

CARMEN. —

(Intentando poner alegría de esperanza en la voz.)

¡Allá gritan los teru-terus rumbo al bañado!...

LORETA. —

(Siempre mirando al campo.)

Las lecheras vuelven a acostarse, una a una.

AGUSTINA. —

¡Ay, pobre corazón mío, que repites en mi pecho los galopes de la guerra que mi oído no siente!...

(CARMEN ha entrado a su cuarto para bajar al lado de la madre.)

LORETA. —

(Volviendo hacia donde AGUSTINA se ha callado en entristecido silencio.)

No será nada; a lo mejor un pícaro, no más, atrás de alguna oveja.

(Consolándola.)

¡Tantas ha visto el General, y siempre regresa pa contarlas!... El destino le ha puesto a la muerte más lejos que la punta de su lanza.

AGUSTINA. — Pero, ¿y mi hijo, Loreta? Ya es el último que nos queda. Cada vez que Fausto ha salido para el campo en armas, ha sido como un trágico sembrador de su sangre. Semilla a semilla, fué esparciendo bajo las lomas del país, un hijo tras otro. ¿Por qué no ha de volver ahora seguido sólo por el dolor de haber dejado al último, tendido cara al cielo?

CARMEN. —

(Abrazando la cabeza de su madre.)

¿Por qué ha de ser así, Mama? Nadie lo ha dicho siquiera...

AGUSTINA. — Porque está escrito que él seguirá la dolorosa siembra, mientras le quede en las manos una semilla de nuestra sangre, y en mis ojos agua de sufrimiento para llorarla.

ESCENA TERCERA

(Desde la penumbra del galpón avanza hasta la incierta claridad del patio MANSILLA. Es una grave figura silenciosa, que camina mirando hacia el suelo sobre el que se arrastran, más que pisan, los pies pesados por los años. Las botas, bombachas, camisa y pañuelo que lleva puestos, como el sombrero en la mano, son humildes aunque cuidadosamente limpios. Trae una caldera en la mano, y va a llenarla de agua con el balde del aljibe.)

CARMEN. — Mansilla...

MANSILLA. — Señorita...

CARMEN. — ¿Usted no sintió andar a nadie entre las lecheras?

MANSILLA. — ¿Cuándo?

(Desde el espacio que dejan la casa y el galpón, se oye una voz. Es la de un hombre a quien los del patio no pueden ver.)

DESERTOR. —

(Suya es la voz.)

¡Oh de casa!... ¡Ave María Purísima!...

(Los del grupo alargan las miradas sorprendidos hacia donde se oyeran las palabras. Y mientras las mujeres se han inmovilizado, de pie y rígidas, MANSILLA avanza despaciosamente, con el sombrero ahora puesto y la mano libre oprimiendo en el cinto el revólver.)

MANSILLA. —

(Mientras anda.)

¿Quién es?

DESERTOR. — Gente de paz... Un poco de comer, por lástima.

MANSILLA. — ¿Viene solo?

DESERTOR. — Sí, señor. He caminao mucho...

AGUSTINA. — Hágalo pasar, Mansilla...

MANSILLA. — Alleguesé.

DESERTOR. —

(Con andar indeciso, recelosa la mirada, humilde el gesto, asoma y se detiene entre la casa y el galpón. Calza botas; viste un gastado chiripá, poncho de verano, un arrugado pañuelo blanco que el sudor ha ennegrecido, y un viejo sombrero que ahora sostiene entre las manos a la altura del pecho. Es apenas un mozo de más de veinticinco años; trae los brazos desnudos hasta el codo, recogido el poncho sobre los hombros. Cubierto el tostado rostro por una enmarañada y renegrida barba. En todo él hay una fuerte sensación de derrota, que mueve a lástima a quienes lo miran.)

Con permiso...

MANSILLA. — Entre no más.

DESERTOR. — Buenas noches, señora. Disculpe si soy un introducido, y me presento en esta facha. Sólo el hambre...

DESERTOR. —

(Que no sabe a qué sentimientos atribuir aquellas preguntas precipitadas. Poniéndose de pie, ante la actitud de la muchacha.)

No sé si ofendo a alguno... con que pido que me disculpen...

AGUSTINA. —

(Apenas si ha oído las últimas palabras.)

¿Usted lo vió? ¿Lo conoce, lo oyó hablar?

DESERTOR. — Sí señora, ¡cómo no!... Finalizando la noche en que me levantaron, estábamos tendidos en el campo, con el caballo por la rienda. Usté miraba cuanto la luna alumbraba, y sólo un hombre sobre el caballo al tranco, bordeando la columna. Cuando pasó al lado mío un compañero medio dormido, dándose vuelta, dijo: ahí va Fausto Garay.

(Pausa.)

¡Qué hombre! Me ha quedao en el recuerdo, tan grande y tan grave como aquella noche en que lo vi pasar silencioso, clareándole la luna en la barba!

MANSILLA. —

(Sin poder reprimir su entusiasmo.)

¡Y así es nomás!...

LORETA. —

(Con idéntico ánimo.)

¡No han visto estos campos, ni cobijao los cielos varón más hombre que ése!... ¡Si parece hecho por ellos!...

DESERTOR. — Así era, es verdad.

(Apagando gravemente la voz.)

¡Que en paz descanse!

(Al oír la piadosa expresión, las voces de los otros son un coro de angustiosas preguntas.)

AGUSTINA. — ¿Fausto?
CARMEN. — ¿Qué quiere usted decir?
LORETA. — ¿Por qué ha dicho eso?



MANSILLA. — ¿No miente su lengua?

DESERTOR. —

(Bajo el peso de las miradas y preguntas que lo acosan; desconcertado.)

¿Cómo... qué dije?

(Ahora comprende.)

¡Ah... ésta es la casa!... ¡Ay, señoras, bien quisiera que mi boca mintiese lo que vieron mis ojos!... ¡Yo no quisiera ser en este patio, el chasque de la desgracia!

AGUSTINA. — ¿Quién es usted?... ¿Forma de mi pena... voz de mi dolor?...

CARMEN. —

(Cogiendo en sus brazos a la madre envuelta en llanto.)

¡Mama, Mama, acuérdese de todos sus años viendo pasar las revoluciones! ¿No ha conocido usted hombres de éstos, a los que el miedo de la guerra aventa por todos los rumbos de los campos lejanos, falsos mensajeros de desdicha? Si de él el corazón tembló en la hora del combate, ¿quién jura por lo que vieron sus ojos y repite su boca?

LORETA. — Doña Agustina, ¿por qué creer así a quien no se conoce?

MANSILLA. — ¿Quién lo mandó con ese chasque? ¿No oye que está en la estancia de don Fausto Garay?

(Con enojo apenas reprimido.)

¿De dónde sale usté, en qué tierra se ha criao, que lo ignora?

DESERTOR. — ¡Ah, sí señor... es así... y me mordería la lengua hasta cortármela, si todavía con eso pudiera matar las palabras que ya están moviendo estos llantos!

AGUSTINA. —

(Esforzándose por serenarse y oír.)

¿Acaso usted lo vió pasar entre el llanto de sus paisanos, tendido sobre cuatro lanzas?

CARMEN. — ¿Por qué ha dicho que él cayó en Los Talitas? ¿Lo vieron sus ojos?

AGUSTINA. — Sea bienvenido en esta casa.
DESERTOR. — Gracias, señora. ¡He caminao mucho!...
MANSILLA. —

(Que ha entrado al galpón y vuelve con un pequeño banco que coloca junto a la columna del centro y lo ofrece al DESERTOR.)

Sirvasé de asiento. ¿Tomó mate?

DESERTOR. —

(Sentándose lentamente.)

Muchas gracias. No señor, no he tomao hace días.

MANSILLA. —

(Haciendo lo que dice.)

Voy a traer uno.

AGUSTINA. —

(Ha vuelto a sentarse en el banco y desde allí habla.)

¿Viene de adentro?

DESERTOR. — Sí, señora; del Sur.
AGUSTINA. — Entonces habrá oído algo de la guerra. ¿Es cierto que terminó?
DESERTOR. — Yo vengo de ella.

(Pausa.)

¡Qué cansancio y miseria!

AGUSTINA. — ¡Ay, sí!; pocos son los que salen para ella y regresan con la misma alegría.
DESERTOR. — Yo no fuí, señora; me llevaron.

(Pausa.)

Yo no era hombre de guerra. ¿Por qué me llevaron?

AGUSTINA. — Cuando unos pelean por lo de todos, es justo que todos peleen. ¿Estuvo en algún combate?
DESERTOR. — Estar, estuve.

(Intentando desviar el diálogo.)

¡Va seco este tiempo: los campos están que arden!... Camina uno todo el día y en las zanjas no halla ni una sed de agua.

LORETA. — En una de esas, usté estuvo en Los Talitas. Dicen que allí fué donde concluyó todo.

MANSILLA. —

(Que ha llegado con el mate y un banco. Al tiempo de sentarse próximo al DESERTOR y ofrecerle el mate.)

Sirvasé.

DESERTOR. —

(Como si no hubiera oído a LORETA. Tomando el mate.)

Voy a aceptarle.

CARMEN. —

(En un tono que expresa su enérgica decisión de hacer hablar al hombre.)

¿Dijo que había estado en Los Talitas?

DESERTOR. —

(Sin dejar de mirar el mate que sorbe.)

No dije; pero estuve, sí señorita...

AGUSTINA. —

(Sin disimular su impaciencia.)

¿Con qué gente?

DESERTOR. —

(Siempre eludiendo la clara respuesta.)

Con un comandante que le llamaban el Colla.

CARMEN. — ¿Pero quién era el jefe?

DESERTOR. — Ese era el mío

(Alcanzando el mate a MANSILLA.)

Está muy bueno.

CARMEN. — Yo le pregunto quién era su General.

DESERTOR. — El que nos mandaba, Fausto Garay.

AGUSTINA. —

(Con creciente angustia.)

¿Fausto?

CARMEN. —

(Sin dominar ya su impaciencia, toma al hombre de los hombros y así lo sacude mientras dice con imperativa voz.)

¿Usted fué soldado suyo? ¡Hable de una vez, maula!

DESERTOR. —

(Apaga su lenta voz, intentando hacer menos tremendas las palabras.)

¡Ay, señoras; si no fuera él tan alto y tan guapo, yo no estaría ahora en este patio bajo la pena de mis propias palabras! Pero él estaba sobre el camino, en la curva más alta de la pelea, y todos lo veíamos; los escuadrones que pasaron galopando a su lado y se tendieron en círculo delante de su caballo, y los que asomaban en el redondel de los cerros que nos cercaban y desde allí le hacían fuego, primero que a nadie.

MANSILLA. — ¿Usté estaba cerca, pa verlo?

DESERTOR. — Tan cerca, que oía su voz entre los disparos. ¡Ah... mirándolo, nadie creería en el peligro!... Tal me dijo un compañero mostrándomelo: Fijate; la vida y la muerte, parecen poquita cosa a su lado.

LORETA. — ¿Cómo fué, entonces?

AGUSTINA. — ¡Ay, Fausto, creías a tu coraje más fuerte que el destino... y lo tentabas!...

DESERTOR. — Sí, señora; y aquel era el día que estaba escrito.

CARMEN. — Pero cuente, diga de una vez, ¿qué fué lo que vió?

DESERTOR. — Vi, de pronto, un galopar de lanceros que salían de atrás de una cuchilla. Tapaban el camino, las laderas, el cañadón. Entre los remolinos de polvo que alzaban, sus lanzas sólo eran puntas de luz sobre las cabezas, agujereando el cielo. Temblaba la tierra bajo mi vientre, y en los oídos el retumbar de los caballos, sus relinchos, el griterío de los hombres, unos matando, otros cayendo, y la terrible voz alegre del clarín como espoleando el galope, avivando los gritos!

MANSILLA. — ¡Como en Las Rengas!

LORETA. — ¡Y en Corralito!

AGUSTINA. —

(Agobiada por las palabras del narrador.)

¡Ay, Fausto, Fausto Garay mi lancero; así querías que fuese tu última tarde!...

DESERTOR. — ...Y vi, de atrás nuestro correr por las laderas ¡cuarenta lanceros contra aquellos que ya pisaban sobre nosotros!... Y Don Fausto Garay punteando aquel grupo. Queriéndolo guardar, un mozo alto, de facón en la mano, sobre un caballo...

AGUSTINA. — ¡Fernando, hijo mío!...

CARMEN. —

(Al mismo tiempo que su madre.)

¡Fernando, ese era!...

DESERTOR. — Y también, corriendo para alcanzar al jefe, un indiecito, sable en mano...

MANSILLA. — ¡Siempre un Mansilla!

LORETA. — ¡Tu hijo, indio!

MANSILLA. —

(Con dramático y viril orgullo.)

¿Quién más?

CARMEN. — ¿Y después?

DESERTOR. — Después... Pareció que no se peleaba si no en aquel entrevero sobre la altura.

(Apagando aún más la voz.)

¡Fué tan rápido todo!... Uno volvió corriendo, y después otro, y varios... todos gritando lo mismo.

MANSILLA. — ¿Mas qué gritaban?

AGUSTINA. —

(Otra vez dejando estallar su llanto.)

¡Lo de mi Fausto, Mansilla! ¿Para qué oír más nuestra propia desgracia?

CARMEN. — Serénese, Mama; todavía no sabemos nada cierto.

AGUSTINA. — ¡Ay, hija mía, cayó en un entrevero viendo sólo sangre, chorreantes heridas!... ¡Y ni tú ni yo para decirle una palabra tierna, darle un tranquilo beso de descanso!... ¡Ah, él y Fernando; los dos como el desventurado Basilio, pobrecito, en la otra!... ¿Qué nos queda ya, si no colgar cruces de crespón en las puertas

de la estancia y llorar todo el tiempo que el agua y los soles demoren en voltearlas, en pedacitos? ¡Todo ese tiempo, y el de toda la vida!

CARMEN. —

(Toma a su madre dulcemente, y así la hace ir hasta entrar en el zaguán.)

Vamos, no se desespere así, sin motivo. ¿Acaso este hombre lo vió caer?

AGUSTINA. —

(Dejándose conducir, mas sin atender a las palabras de su hija.)

¡Y él no era sólo un guerrero, no! ¡El era tu padre, el de tus hermanos, que todos los dió al país; era mi esposo!... ¡Pobrecito!... ¡tanto quería a su casa, la paz de estos patios, y nunca lo dejaron largo tiempo sin llamarlo a la guerra!... ¡Tanto quería a la vida, y vivió cercado por la muerte!... ¡Yo sé cómo era tierno y bueno! ¿Por qué cayó así, sólo oyendo el ruido espantoso de la rabia?

CARMEN. — Tal vez sólo haya sido herido, y en el entrevero han creído lo otro.

AGUSTINA. —

(Cuando ambas ya van a perderse.)

¡Ah, Fausto Garay el lancero; si me oyeras te avergonzaría este llanto!... Pero no soy más que una pobre mujer, de callado corazón para que a tu lado ni mis penas fueran sombra de flaqueza en tu coraje. ¡Ahora puedo llorar todas mis lágrimas, Fausto Garay!...

ESCENA CUARTA

(MANSILLA y el DESERTOR han vuelto a sentarse en silencio, y sorben el mate mientras se observan por debajo del ala del sombrero. LORETA ha entrado a la cocina de donde volverá, cuando la acción lo indique, trayendo un plato de comida para el huésped.)

MANSILLA. —

(Con marcada incredulidad.)

¿Pero usté vió, mesmo, morir al General?

DESERTOR. —

(Intentando eludir la respuesta.)

Poca suerte, amigo, haber llegao a esta casa...

MANSILLA. —

(Como consigo mismo.)

No... porque yo he conocido algunos cuyos ojos endurecidos de espanto lo miraron entrar en los furiosos remolinos de los entreveros, y no tuvieron corazón para acompañarlo hasta verlo salir en la otra orilla de la muerte, por la retaguardia enemiga.

(Pausa.)

¿Usté dice que con él iba un indiecito? ¿Habrá cáido, también?

DESERTOR. — Así, claro... tanto como ver caer al indiecito... Usté comprende que en un entrevero...

MANSILLA. — Ah, seguro. ¿Quién se fija cuando muere un pobre paisano oscuro y sin nombre?

(Pausa.)

El sí, nos recordaba; ¡uno a uno!... ¡Si áura esos labios se han callao pa siempre, ha enmudecido nuestra historia!...

(Pausa.)

¿Quién podrá hacerla hablar de nuevo, y acreditar la verdá?

DESERTOR. — Yo me he criao en el sur, entre campos labrados. Cuando se habla de un caudillo de éstos, es como si no fuera hijo de mujer. Y uno se hace una idea de su cara, como de un bosque de tempestades.

AGUSTINA. —

(Su voz desde dentro.)

¡Ay, Fausto... ya los atardeceres no serán nunca más la íntima y callada hora de tu regreso! Y sin embargo en la altura del cerro, mi corazón te aguardará en angustia... y sólo sentirá llegarle el silencio vacío de la

llanura y el cielo!... ¡Y en esta espera incansable, ya sólo me encontrará la muerte!...

MANSILLA. —

(Aludiendo a la voz.)

Oiga cómo lo lloran las mujeres.

(Pausa.)

Allá, en su tierra, ¿no hay caudillos, no?

DESERTOR. — No, no hay caudillos. Se nos cansaría el alma de tenerla así, como ustedes, siempre alerta pa la pelea. Porque sería como vivir pa la muerte.

MANSILLA. — No crea, amigo, no crea. A nosotros también nos gusta la tranquilidá de un fogón de nochecita donde oír relaciones de cosas que han pasao, y los compuestos de un cantor. Un rancho apartao y aseadito, con la patrona en él criándole los hijos y esperándolo siempre, sosegada y tranquila. No pedimos más, compañero. Cuestión es que nadie quiera embozalarnos esta libertá en que hemos nacido. Que entonces sí, nos alzamos y morimos.

(Pausa.)

Eso es; morimos por la vida. ¿Me comprende? Hacemos revoluciones, o nos volvemos matreros.

DESERTOR. — ¡Si viera los sembrados que deshicieron los caballos de la guerra! ¡Es triste, ver así pisoteado el trabajo del hombre!

MANSILLA. — ¡Ah, seguro!...

(Caviloso.)

Tal vez sea mejor el ser manso como usté dice... Mas, cuando llega la injusticia, ¿qué hace el hombre?

LORETA. —

(Atraviesa el patio enjugándose los ojos con el delantal, llevando el plato que ofrece al DESERTOR.)

¡Ah... ah!...

(Suspira largamente.)

Ya decía yo: esos fuegos del cielo que les dió por cáir estas noches... alguna cosa funesta anunciaban.

(Extendiendo al DESERTOR la cena frugal.)

Sirvasé, don.

DESERTOR. —

(Quitándose el sombrero que coloca en el suelo junto a él, y preparándose a comer la cena que le alcanzan. A MANSILLA.)

Muchas gracias por su mate.

MANSILLA. — Buen provecho.

DESERTOR. —

(A LORETA.)

A lo mejor, ya ni sé comer en plato.

(Comienza a cenar.)

Ahí tiene.

(De nuevo se distrae en la cena.)

LORETA. — ¿Y no conoció a un indiecito Vidal, en el ejército?

DESERTOR. —

(Queriendo recordar.)

¿Vidal... indiecito Vidal?... No, no recuerdo.

LORETA. — ¿No lo oyó nombrar, tampoco? Iba en la caballada.

DESERTOR. — No, nunca oí.

LORETA. — Así que capaz que no haya cáido.

DESERTOR. — Ojalá haya andao bien.

LORETA. — ¡Dios lo oiga!

ESCENA QUINTA

CARMEN. —

(Asomada al balcón del altillo.)

Mansilla, Mansilla...

MANSILLA. — Ordéneme, aquí estoy.

CARMEN. —

(Con nerviosa voz.)

Asómese, que ahí viene llegando uno al galope.

(Las palabras de la joven han caído sobre el patio y vuelto a alzar la impaciencia entre sus paredes que ya el anochecer ha ensombrecido. Así se aviva el paso de MANSILLA dirigiéndose hacia la esquina del galpón, mientras LORETA corre hacia el espacio entre la casa y su cuarto y desde allí mira nerviosamente al campo. EL DESERTOR ha dejado inconclusa la cena, se ha puesto de pie con aire de quien intenta orientar su huída y por fin se ha hundido cautelosamente en el hueco de sombras del galpón.)

CORNELIO. —

(Se oye la alegría de su voz desde una distancia aún lejana.)

¡Mansilla!... ¡Oh, de casa!... ¡Doña Agustina... Carmencita!...

MANSILLA. — ¿Quién me llama? ¿Es Cornelio?

CORNELIO. — Yo mismo. ¿Me reconociste? ¿Qué hacen tus perros que no ladran? ¿Así se guarda la estancia de Fausto Garay?

LORETA. —

(Corriendo en dirección a donde se oye la voz.)

¡Te han reconocido, indio pícaro!

CARMEN. —

(Saliendo al patio.)

¿Quién está ahí?

MANSILLA. — Cornelio, niña.

CARMEN. — ¡Mama, ahí está Cornelio, y saluda alegremente!

MANSILLA. — ¿Qué hacés que no llegás? Si no te para la pena, ¿por qué tan demorao?

LORETA. — ¿Venís del ejército?

CORNELIO. —

(Su voz acercándose.)

Vengo con él.

CARMEN. — Y Tata?

CORNELIO. —

(Con ligero paso que olvida el cansancio de un año de guerra entra en el patio y tiende los brazos al viejo asistente. Desde las botas hasta el sombrero, todo en sus

vestidos es huellas de los cruentos y agobiadores trabajos que ha pasado. Pero su juventud y alegría triunfan sobre la deshecha vejez de sus ropas. A MANSILLA, al tiempo de abrazarlo.)

¡Casi te agarro durmiendo, indio!

LORETA. —

(Bromeando.)

Dame un abrazo, alarife. Pero es como a un resucitao.

(Mientras se abrazan.)

Está visto; lo que no sirve...

CORNELIO. —

(Al ver a CARMEN se desprende de los brazos de LORETA y cambiando el alegre gesto, quítase el sombrero, y le extiende humilde y gravemente la mano.)

¿Cómo ha pasao, señorita? ¿Madrina, cómo se ha conservao?

CARMEN. —

(Al estrecharle la mano. Con ansiosa curiosidad.)

¿Dijo que venía del ejército? ¿Vió a Tata?

CORNELIO. — El me mandó.

CARMEN. — ¿El?

(Como una sola voz de la esperanza.)

MANSILLA. — ¿Don Fausto?

LORETA. — ¿El General?

CORNELIO. — Traigo un chasque pa la patrona.

(La alegría va coreando las palabras.)

CARMEN. — ¡Mama, Cornelio trae un chasque de Tata!

LORETA. — ¡Patrona, aquí viene la alegría!

MANSILLA. — ¡Aura dan ganas de llorar!

AGUSTINA. —

(Adelantándose hacia el grupo.)

¡No mientas, Cornelio!... ¿Vive Fausto?... ¿Dónde lo dejaste?

CORNELIO. — ¡Madrina! Al abrigo de la enramada mi caballo todavía está temblando por el galope con que mi

espuela lo trajo desde que el General me llamó pa decirme: "Indio, rumbeá pa la estancia. Dales aviso que llegaré esta noche, al nacer la luna".

AGUSTINA. — ¿Dónde estaban entonces?

CORNELIO. — En el principio de esta tarde, ya mirando al Tacuarí. Cuando llegamos a las alturas que cierran el pago, él se adelantó solo y al tranco; se quedó un rato mirando estos campos suyos y blanquear en el fondo la estancia. De pronto, el rosillo alzó el pescuezo de revuelta clin en el aire, y su relincho fué un clarín de saludo a la querencia. Entonces fué que me llamó.

AGUSTINA. —

(Suspirando.)

¡Ay, Dios mío!... Todavía me están quemando las lágrimas de mi dolor y ya tiene la boca el grito de mi alegría!...

(Haciendo lo que anuncia, seguida de todos.)

¡Sosténme, hija mía; siéntame, me flaquean estas viejas piernas!... ¡Yo no puedo ser como él, tieso de mocedad, mirando su casa desde el caballo relinchante!

(CARMEN y LORETA la sostienen tiernamente y la ayudan a sentarse en el banco de piedra, en tanto MANSILLA se coloca a su espalda y CORNELIO la sigue con lento y conmovido paso.)

CARMEN. — ¡Serénese alegremente, pues ya va a salir la luna y en su claridad él verá las huellas de su llanto!

LORETA. —

(De pie, junto a MANSILLA)

Doña Agustina; sosiegue ese mentiroso corazón que así la engañó.

(Bromeando.)

¿Quién le va a creer que es la compañera de un caudillo?

AGUSTINA. —

(Con nerviosa alegría que interrumpe con breves risas a su pensamiento.)

Cuéntame, muchacho. ¿Viene sano? ¿No le cansa el caballo? Y Fernando, vuelve con él?

CARMEN. — ¿Es dura la guerra, Cornelio?
CORNELIO. —
(Con entusiasmo orgulloso.)
¡Ay, niña; lástima es que termine cuando recién uno le va tomando el gustito! Vino demasiao pronto la victoria.

AGUSTINA. — ¿Cómo pudieron decir entonces, que habían sido derrotados y él muerto?
CORNELIO. — ¿Quién lo dijo?
LORETA. — Un hombre que está ahí, en el galpón.
MANSILLA. —
(Al tiempo que se dirige al galpón. Con gesto amenazante.)
¡Ah, maula!... ¿Eso es lo que te enseñaron tus surcos? ¿Dónde estás pa que te castigue esa lengua?

AGUSTINA. —
(Poniéndose nerviosamente de pie.)
¿Pero qué hacemos aquí, atadas a los labios de este muchacho y mientras tanto la casa a oscuras, la cena fría, y Fausto ya vendrá pisando los campos de la estancia?
(Intentando parecer serena.)
Vamos, Loreta, avive el fuego que él ya llega.

LORETA. —
(Al tiempo de ir a hacer lo que le ordenan. A CORNELIO.)
¿Y mi muchacho, viene también?

CORNELIO. —
(Su palabra se vela por el piadoso disimulo con que elude una desoladora noticia.)
El General va soltando a cada uno rumbo a su pago.

LORETA. —
(Ya entrando en la cocina.)
¿Pero vos no lo viste?

CORNELIO. — Me dijeron que andaba en una comisión.
(LORETA vase del patio con aire preocupado, y a poco por la puerta de la cocina sale la roja luz del fogón que ella ha avivado.)

CARMEN. —

(En voz baja.)

¿No viene el suyo?

CORNELIO. — ¡Pobrecito... cayó antes de que atropelláramos!...

No tengo alma pa decírselo.

AGUSTINA. — ¿Ves, hija mía? Así es siempre la vuelta de tu padre. Alegría y llanto son la vanguardia de su caballo, cuando regresa.

CORNELIO. — Y mientras, ya vienen los payadores componiendo las décimas de sus hechos, y la música en que va a resonar su fama.

AGUSTINA. — ¡Pobre Loreta!...

MANSILLA. —

(Su voz desde el galpón.)

¡Cornelio... Cornelio!...

CORNELIO. —

(Contestando a la voz.)

¿Qué hay?

MANSILLA. —

(Siempre desde la distancia.)

Correte hasta el frente, y revisá por allí a ver si damos con ese pícaro. Se nos ha juído.

CORNELIO. —

(Va precipitadamente a hacer lo que le indican.)

Ya voy diendo.

AGUSTINA. —

(Mientras se aleja con CARMEN. A CORNELIO.)

No le hagan daño; tal vez el pobre no quiso engañar. La guerra es así; desnuda a los hombres; y en el maula, ¡el miedo es cosa tan triste!...

ESCENA SEXTA

(La luna está saliendo por detrás del galpón. Y su luz empalidece las de la casa, extiende alargadas sombras de los árboles y del aljibe en el patio, y blanquea con sosegado brillo sobre las alzadas paredes. En los

campos es un tenue sueño de paz que el mugido de los toros levanta, y comentan los tranquilos balidos de las majadas. LORETA vuelve al patio y se ocupa en los últimos preparativos de la cena. Está junto a la mesa, de espaldas al galpón.)

LORETA. — ¡Ay, don Fausto... si también ahora a su vuelta, del hombre que le entregué al salir, sólo me traerá un cuento heroico y triste!

(Por el espacio entre el galpón y la casa, avanza gravemente un hombre. Es una severa estampa de los guerreros gauchos. Bajo el sombrero, la barba renegrida; el oscuro poncho cae sobre el busto magro y erguido. Avanza con lentos pasos firmes. Es alto, de dura mirada. Es FERNANDO, el primogénito del caudillo. Atraviesa lentamente el patio y va a llegar junto a LORETA, cuando ésta siente sus pasos y se vuelve hacia él.)

LORETA. — ¡Mayor Fernando!... ¡Dame un abrazo!...

(Desprendiéndose de los brazos que apenas si rozaron sus hombros.)

¿Venís solo?

FERNANDO. — Ahí quedó Eduviges en el guarda patio estaquiando un zorro.

LORETA. —

(Sin comprender la burla.)

¿Un zorro?

FERNANDO. — Pues sí, el Cuico ése, capataz de los Maragatos. Ya que venía pasando y anoticiao de lo que han hecho con el ganao de la estancia, me allegué a buscarlos. Pero los patrones me olieron en el aire.

LORETA. — ¿Has visto? Ni una vaca de don Fausto ha quedao con ternero. Asustadas de la guerra en que andaba su dueño, seguro malparieron. Y decime, Fernando... ¿mi muchacho?

FERNANDO. — ¿Tu muchacho?

LORETA. —

(Con temerosa inquietud.)

Sí, ¿dónde lo dejaste? ¿Es verdá que me lo lastimaron?

FERNANDO. —

(Dudando entre decir la triste verdad u ocultarla.)

¿Quién te lo dijo?

AGUSTINA. — ...pero a ti...
FERNANDO. — Contesto como mi padre.
AGUSTINA. —

(Poniéndose de pie. Con amargo reproche.)

¡Tú no lo quieres, hijo mío!

FERNANDO. — Antes que lo cercaran las lanzas enemigas, mi sable las cortó.

(Con severo orgullo.)

Me mostró en Los Talitas un cerco de piedra y me dijo: "Allí está la muerte. Vaya a buscarla, si es un hombre". Y fuí, y en los ojos sólo llevaba los suyos mirándome.

CARMEN. —

(Se oye su voz acercándose por el espacio del fondo hacia la izquierda.)

Aquí le traigo al matrero. Ahora para siempre quieto a su lado.

AGUSTINA. — Ya voy, ya voy. ¿Te crées que no lo ví?
FERNANDO. —

(Se interpone en el camino de su madre, y, extendidas de nuevo las manos, habla secamente.)

Entonces hasta la vista. La bendición.

AGUSTINA. —

(La dolorosa sorpresa que aquella actitud pone en ella, detiene su paso.)

¿Qué es esto?

FERNANDO. — Que me voy.

(Por el espacio de la derecha, entran CORNELIO y MANSILLA.)

ESCENA SEPTIMA

(AGUSTINA va a estrechar entre sus brazos abiertos e implorantes a su hijo, cuando del campo asoman FAUSTO GARAY y CARMEN. Por debajo del sombrero la luna nimba de luz la breve melena y la barba rizosa que así iluminan al rostro fuerte, amplio y sereno. El claro poncho de verano se pliega suavemente sobre el busto fornido y apenas roza las botas en cuyo pie brillan las espuelas plateadas. A su lado la presencia de CAR-

MEN con sus claros vestidos, es la alegría de la gracia apoyándose en la austera severidad del fuerte. Detrás suyo JORGE MANSILLA, su joven asistente, ha plantado la enhiesta raya oscura de la lanza, en cuyo extremo puntea la luz de la noche. ¿Está en la noche, está en los ojos, en la contenida altivez con que se ha parado, en el gesto o en la voz, el subyugante poder de esta presencia que inclina hacia ella las almas de los que están en el patio? Al sentir su cercanía, AGUSTINA, como en el vuelo cortado de un pájaro, ha detenido el ademán de abrazar a su hijo. Y ahora con los brazos abiertos, cada uno de ellos tendido hacia los hombres, voltea hacia atrás la cabeza, alzando el pecho anhelante, grita.)

AGUSTINA. — ¡Fausto... Fernando!...
FAUSTO. — Buenas noches.

(Como un friso de oscurecidas figuras, se alinean frente al galpón MANSILLA, CORNELIO y LORETA. Adelantándose a ellos, está FERNANDO. Al oír las palabras del caudillo, en un mismo ademán simultáneo las respetuosas manos de los hombres abaten los sombreros que descubren las erguidas cabezas, mientras todos, hombres y ellas, contestan en un lento y grave coro.)

AGUSTINA. —
FERNANDO. —
MANSILLA. — Buenas noches.
CORNELIO. —
LORETA. —
JORGE. —

AGUSTINA. —
(Yendo a caer en los brazos del esposo.)
¡Cuánto te he esperado!

FAUSTO. — Sí, hace tiempo que debía haber terminao. Esas cosas...
(A su hija.)
Ya vi, al pasar, su montecito de álamos. ¿No les hizo mucha seca?

CARMEN. —
(Mientras anda alegremente al lado de su padre que va a sentarse en el banco.)
Lo ha engañado la luz de la luna. Parecen así, en la

LORETA. — No, no, no me lo dijeron; pero yo te pregunto. ¿Está lastimao? ¿Pero sólo lastimao? Decime sin piedá.

AGUSTINA. —

(Ha oído la voz de su hijo y sale presurosa a estrecharlo en sus brazos.)

¡Hijo mío... no te esperaba todavía!

FERNANDO. —

(Se adelanta a recibirla y extiende con ademán que su virilidad vuelve tosco, las manos juntas. Con voz grave.)

La bendición, Mama.

AGUSTINA. —

(Roza tiernamente las rígidas manos de su hijo, mientras le saluda con brevísimo beso.)

Dios te haga un santo. ¿Dónde dejaste a tu padre?

FERNANDO. — Hace unos días que no lo veo. Desde que terminó todo.

LORETA. — ¿Pero viste a mi muchacho después de Los Talitas?

AGUSTINA. — ¿Por qué se separaron? ¿El te mandó adelante para que vinieras a decirme?...

FERNANDO. — Tuvimos una alegación.

CARMEN. —

(Su voz desde el altillo.)

Sobre las sierras ya hay un firme resplandor de fuego. ¡Venga, Mama!... Lo veremos llegar así, entre las rayas de las lanzas, estampado sobre la luna que va a alzarse en la cuchilla.

AGUSTINA. — Voy, mi hija, voy en seguida. Aquí llegó tu hermano.

CARMEN. —

(Siempre su voz.)

Buenas noches, Fernando. Ya bajo a abrazarte. Sí, no te enoja?

FERNANDO. —

(A Carmen.)

Buenas noches, muchacha. Quedate no más; la ciudá te ha vuelto novelera.

(A su madre.)

Fuimos a peliar; peliamos y vencimos. ¿Cómo es que resultamos derrotaos?

AGUSTINA. —

(Tomando de la mano tiernamente a su hijo y atrayéndolo hacia el banco en que se sienta.)

¡Ay, siéntate aquí!... explícame...

FERNANDO. —

(Intentando desasirse.)

No, Mama, me voy pal Brasil; vine a eso, a despedirme y pedirle la bendición.

AGUSTINA. —

(Implorante.)

Siéntate, siéntate aquí a esperarlo. ¿Qué sabe una? Pero él es Fausto Garay... toda una vida... Tú...

FERNANDO. — El hombre, cada uno, abre sus huellas; que ningún otro, ni el padre ha pisao.

LORETA. — ¿Ponemos los cubiertos pa Don Fausto?

AGUSTINA. —

(Torpe de inquietud se levanta y va de un lado a otro mientras habla.)

¡Ay, sí; ya no sé lo que me hago!...

(Cogiendo la mano de su hijo y obligándolo a sentarse en el banco.)

Espérame un momentito. Ya llega tu padre, y esta casa que no le aguardaba...

(A CARMEN, gritándole.)

Mi hija, arregle nuestro cuarto y encienda las luces, todas las luces, que no quede en ningún rincón de la casa, el recuerdo de este año que su ausencia llenó de tristeza.

(Viendo pasar a LORETA que andará, de la cocina a la casa, ocupada en tender la mesa para la cena. Con acento entristecido.)

¡Pobre china... el regreso de ustedes me hace olvidar que su hijo ya no volverá!...

(Volviéndose hacia él, con la más tierna voz.)

¡Quédate, Fernando! ¡Ay, a él nunca se lo pedí!...

FERNANDO. —

(Poniéndose de pie para huír del ruego que lo acosa.)

Se lo habría negao. Y el trote de su caballo iría tendiendo la distancia en que moriría su llanto.

clara noche, un escuadrón de lanceros que se estuvieran alineados, quietos y firmes... Pero, ¡ay!, muchos de ellos están muertos por las hormigas.

JORGE. —

(Que ha seguido al caudillo hasta que éste se ha sentado. Aludiendo a la lanza que aún conserva en la mano.)

¿Qué hacemos con ella?

FAUSTO. — Ponela por ahí.

(A su mujer, con tierno afecto.)

Siéntese, pues, y haga preparar un mate.

CARMEN. —

(Coge de manos de JORGE la lanza, y entra con ella al zaguán.)

Démela, Jorge, que yo la llevo.

(El asistente va a unirse al grupo de los paisanos, en donde lo reciben los brazos abiertos de su padre y la charla afectuosa de los amigos. FERNANDO ha apoyado un codo en el brocal del aljibe, y allí permanece con aire de cansancio y preocupación. LORETA va a la cocina a preparar el mate.)

AGUSTINA. —

¿Te cansaste mucho esta vez?

FAUSTO. — Ya pasó todo. ¿Cómo anduvo su casa?

(Bromeando.)

¿No le faltó leña pa sus amasijos?

AGUSTINA. — ¿Qué había de faltarme con Mansilla en casa? Y por las noches, como un perro echado ahí, en la puerta de nuestro cuarto. ¡Como si tú estuvieras adentro y él guardara tu sueño!

FAUSTO. — Estaba usté, pues. ¿No le carniaron sus guachitos?

(Acentuando el tono de su afecto.)

Tiene cara de cansada. ¿En qué ha estao pensando?

CARMEN. —

(Vuelve y se sienta apenas en la punta del banco, al lado de su madre.)

¿Y ahora ya no habrá ninguna otra, Tata?

AGUSTINA. — Tu padre no sabe lo que has hecho en su ausencia...

CARMEN. —

(Intentando callarla.)

¡Cállese, Mama; ya se lo diremos luego!...

FAUSTO. —

(Con contenida jovialidad.)

¿Alguna mala acción?

CARMEN. — Nada, Tata. Bobadas de ella.

FAUSTO. — ¿No será algún gaucho de esos que en estos tiempos quedan perdidos por los montes?

CARMEN. — ¿Quién le dijo?

FAUSTO. — Usté, mi hija.

CARMEN. —

(Sorprendida.)

¿Yo?

FAUSTO. — Pues sí, su apuro por callar a su madre.

AGUSTINA. — ¡Qué ha de ser un gaucho! Tú sabes que se pasa en el altillo por no tratarlos.

(Riendo.)

El viento de la guerra trajo hasta aquí un pájaro cansado...

FAUSTO. — ¿Y es bueno el mozo? ¿De dónde lo conoce?

CARMEN. — Cuando yo estaba en el colegio, en Melo... ¿Sabe?...

(Ruborosa.)

¡Bueno, qué también... esta señora!...

(MANSILLA se ha acercado respetuosamente al tiempo que LORETA viene, también, con el mate.)

FAUSTO. —

(A MANSILLA que se ha quedado a un paso suyo, con el sombrero en la mano y en el gesto la amorosa admiración.)

Acercate, indio. Dame esa mano con que trajiste al mundo uno que no dejará olvidar tu sangre ni tu nombre. Ahí te lo devuelvo.

MANSILLA. —

(Extiende emocionado su mano humilde, mientras sus palabras se han vuelto torpes por la alegría que las del otro pusieron en ellas.)

Sí, claro... qué gracia... con usté... merecería que lo degollaran si no...

(Ríe casi entre dientes.)

¡El destino del pícaro... me sacó su lanza de las manos! ¡Aura habrá visto pa qué servía!...

LORETA. —

(Extendiendo la mano mientras con la otra ofrece el mate.)

¿Cómo está, General? Sirvasé.

FAUSTO. —

(Estrechando la mano que le tienden.)

¿Cómo te va, china?

AGUSTINA. —

(Queriendo evitar la triste pregunta que está en los ojos de LORETA, se pone de pie y le habla.)

Vamos nosotras a terminar de aprontar todo. Tú también, Carmen. Mansilla, dése el gusto de ser usted otra vez quien le cebe mate.

(Mientras anda, riendo.)

No sea cosa que ahora se ponga celoso con su hijo.

(Las mujeres entran en la casa. Mientras el caudillo sorbe el mate, se hace el silencio en el patio.)

ESCENA OCTAVA

(Desde el campo llega una voz.)

LA VOZ. — ¡Ay, don Fausto!

(Al sentirla FAUSTO alza la cabeza sorprendido. Los otros esconden, en dramática actitud, las miradas.)

LA VOZ. — ¡Ay... ¡No puedo más!... ¡Por piedad!...

FAUSTO. — ¿Qué es eso?... ¿Quién se queja ahí?

(Las miradas huyen del rostro del caudillo y, escondidas, se fijan en FERNANDO que se ha erguido y así, con aire hosco, permanece también sin contestar.)

LA VOZ. — ¡Ay, me muero!...

FAUSTO. —

(De pie, enérgico.)

¿Qué es eso, he dicho?

(A FERNANDO.)

¿Por qué calla?

FERNANDO. —

(El respeto a su padre apenas si vela la altanería de la respuesta.)

Un prisionero.

FAUSTO. — ¿Dónde está?

FERNANDO. — En las estacas.

(Aunque las voces con que se hablan son sordas, los gestos van levantando a un hombre contra el otro ante la atención asombrada de los paisanos. Son dos presencias morales que se enfrentan desde lo más íntimo de su fortaleza. Y este enfrentarse es desde antes del diálogo en el que ambos sienten que sobran las palabras.)

FAUSTO. — Ya se hizo la paz.

FERNANDO. — Ese hizo un robo.

FAUSTO. — ¿A quién?

FERNANDO. — A usté. Con los Maragatos, lo han dejao sin terneros en los rodeos.

FAUSTO. — Yo no soy mi juez; ¡largue ese hombre! Ya lo castigará la ley.

FERNANDO. — Contra ella nos alzamos y fuimos a la revolución.

FAUSTO. — Mas no por estas cosas. Cuando haya ley pa todos, no tendremos más guerras... y hasta nosotros no haremos falta.

FERNANDO. — ¿Cuándo será eso?

FAUSTO. —

(Apenas reprimiéndose.)

Eso no es cuestión nuestra. Pa algo están los que dirigen al Partido.

FERNANDO. — Pero nuestra es la sangre que vamos dejando en las cuchillas. Peliamos... vencemos... nos morimos... ¿pa qué? Cuando les conviene, saltan por

FAUSTO. —

(Ante el dolor de la madre infeliz, se acerca a ella con ternura.)

¿Qué vamos a hacer? Vos sabés que es así la cosa. Pero quedate tranquila; cayó como un guapo...

LORETA. — Ya mi vientre no podrá nunca más criar otro en la entraña pa largarlo al mundo, y que apenas sea hombre salte al caballo, ¡pa cáer como un guapo!... Se nos va la vida... se fueron los años, y no he visto levantar mi casa, hacer cosa alguna a los míos que han ido muriendo, uno a uno, sin más huella en el mundo que un montoncito bajo una cruz y el dicho: ¡cayó como un guapo!... ¿Por qué es esto así? ¿Qué maldición nos castiga? ¡Usté que me los ha llevao, digamé, General?

FAUSTO. —

(Tomándola de los hombros.)

¡Es la vida, china, que está maldita!... ¡Tan ancho ve el campo el potro joven, que lo hace retumbar con sus galopes y lo puebla de relinchos!... ¡Y uno no para, hasta humillarle los lomos y hacerle sangrar la boca enfrenada!... Lo mismo quiere hacer el hombre con el hombre. ¡Y por eso morimos!...

LORETA. —

(Del llanto alza sus palabras.)

¿Qué mal hacían mis pobres finaditos con vivir? ¿Por qué me los mataron?

FAUSTO. — Tal vez nada más que ése, Loreta: vivir. ¿Qué cosa más pobrecita que la paloma inocente? Y no puede vivir en un cielo tan grande, sin que el gavilán la busque para matar su dulzura.

LORETA. — ¡Ay, don Fausto!... ¿Qué me han dejao pa mi vida dolorida de perderlos? ¿Qué queda de ellos sobre la tierra? ¡Infeliz de mi, y de todas las madres de estas patrias! ¿Pa qué tanto guerra y tanta muerte?

FAUSTO. — Sí, tenés razón. Nada te dejaron, ni dejare-

mos, más que esa relación: "Murieron como guapos".

(Reaccionando contra su propio abatimiento. Enérgico.)

Pero no, china; en esa relación va una historia, un vergüenza y un destino!...

(Un sueño confuso alza su frente y vela su mirada.)

¡Un destino!... Cuando después vengan los días en que los hombres recojan el trigo de su pan, esa relación ha de enseñarles que su semilla se alimentó del jugo de la tierra, del agua del cielo, y de la sangre de los que como tu hijo la hicieron fecunda pa una buena cosecha.

LORETA. — ¡Campos que riegan nuestras lágrimas!... ¡No hay rincón de esta tierra en que no haiga enterrao un montón de sangre y lágrimas nuestras!... ¿Pa qué, Dios mío? ¿Pa qué?

FAUSTO. — Pa que el pan que ellos coman en la mesa tranquila, tenga ese gusto a libertá que nuestra sangre le dió.

(Pausa.)

Generoso destino... huella que no se borra, de los que han pasao sin dejar más que esa relación: "¡Murió como un hombre!"

TELON

encima de la sangre de nuestros paisanos, o la pisotean y allá arriba pasan y se abrazan, por una paz que ellos habían deshecho y que nosotros quisimos aguantar con nuestras lanzas. ¿Y esa es la ley que vamos a obedecer?

FAUSTO. — ¡Basta, canejo! ¿Me va a tomar áura una lección?

(Avanzando imperativamente hacia su hijo.)

¡Le he dicho que suelte a ese hombre!

FERNANDO. —

(Sin decrecer en su altivez.)

¡Hágase justicia!

FAUSTO. —

(Ya sin oír a su hijo.)

Despacio, con cuidao de no descoyuntarlo, aflojen y larguen a ese desgraciao.

FERNANDO. —

(Se ha erguido frente a su padre, con el gesto de una rebeldía por fin expresada.)

¡General, yo no suelto a ese hombre!... ¿A dónde vamos a parar con eso?

FAUSTO. —

(Su ademán es tan fuerte como si al hijo tomara de un brazo y lo sacudiera con la violencia de su mirada irresistible.)

¡Obedezca a su padre! ¿Qué sabe usté cómo he llegao, ni a dónde voy?

FERNANDO. —

(El viejo sentimiento patriarcal en que lo han criado, es más fuerte que toda su voluntad. Y así voltea el airado gesto en un abatir de encono de los ojos y la voz.)

Sí, señor... ¡Está bien!

FAUSTO. —

(A todos, con enérgica voz de mando.)

¡Marchen!

(En silencio, lentamente, los demás van saliendo en seguimiento de FERNANDO. FAUSTO queda un instante de pie, jadeante, mirándolos. Luego comienza a andar, con lento paso, hasta sentarse de nuevo.)

FAUSTO. —

(Mientras anda, el pensamiento viene, interrumpido, a sus labios.)

¡Querer manchar toda una vida por una porquería!... ¡ah, muchacho!... ¡Claro, tiene razón!... ¡Pero no, no la tiene! ¿Cómo ha de tenerla?... ¿A cuántas ya he marchao? ¿Por lo mío? ¿Qué es lo mío?

(Se detiene un instante, mirando hacia donde salió su hijo.)

¡Ah, destino, el de uno!... ¿Qué busca? ¿Quién lo ordena?...

(Sentándose, fatigado.)

¡La paz... la paz!...

(Con desolación.)

¿Qué paz?



ESCENA NOVENA

(LORETA viene del zaguán, y en presencia del gesto de meditación del caudillo se acerca a él con andar tímido y respetuoso. Así serán al principio sus palabras.)

LORETA. — ¿Cavilando, General.

FAUSTO. —

(Sin mirarla.)

Pensando un poco.

LORETA. — ¿Molesto?

FAUSTO. — No, china; quedáte no más.

LORETA. — Cuestión es... General... que yo quería anoticiarme del muchacho...

FAUSTO. — ¿Ya te contaron? Pelió como un guapo.

LORETA. — ¿Y después?

FAUSTO. —

(Con pena.)

Hice que lo pusieran aparte. Está al abrigo de una piedra muy grande, a la sombra de un arbolito...

LORETA. —

(Toda su figura quiébrase en un llanto de apagadas palabras.)

¡Ay, don Fausto... era cierto lo que mi corazón me anunciaba!... Este también... ¡Dios me ampare!

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

Hacia la derecha, el frente de la estancia de Fausto Garay. Es la vieja arquitectura colonial: una maciza pared blanca, en la que se abren dos altas ventanas enrejadas, y entre ellas el zaguán de ancha puerta de madera oscura. El pretil de la azotea impide ver ahora el techo de tejas; sobre él y en el centro, coronando la masa del edificio, el altillo con su balcón practicable. Cerrando casi totalmente el fondo de la escena, la pared del galpón que se adelanta así, en un plano bastante alejado, al edificio principal. Pared de terrón y techo de paja, cuya boca se abre hacia el frente de la izquierda. Recuadrando los espacios de la izquierda, y desde el fondo al frente, un ombú, una palma, un paraíso. A la sombra de estos árboles, algunos bancos y mesas de piedra. Desde allí se verán las lejanías del campo.

ESCENA PRIMERA

(Es la ligera hora del principio de una mañana de verano, en que la luz danza en el aire, sobre las copas de los árboles, en el blanco y el azul de la casa, y aliviana la pesada mancha violeta de la pared del galpón. Es la hora de la inviolada inocencia de la mañana campesina, cuando el aire juega brevemente con la hoja seca caída en el patio, vibra en los relinchos y balidos lejanos y se alza en el canto de los gallos. Cuando los chingolos corren y saltan entre cortados volidos de miedo sobre el polvo iluminado que la escoba de la sirvienta va barriendo, mientras la mujer canta a media voz o ríe de las bromas de los peones que pasan rumbo al corral.

La puerta y ventanas están abiertas de par en par. Allí el día comienza antes que el sol. Entre las manos de MANSILLA, arrollado en la liviana sombra del ombú en cuyas raíces se ha sentado, brilla la luz en los estribos de plata del apero de FAUSTO GARAY, que aquél está limpiando. Cerca suyo CALIXTO, un paisano humilde que ha vestido sus mejores ropitas para llegar hasta la estancia del Caudillo,, lo mira en silencio, atento. Está vestido de viaje, pues ya sólo espera a su mujer para irse. En el instante de levantarse el telón, FAUSTO GARAY despide con voz enérgica a un hombre que va alejándose, descubierta la cabeza, con aire reconcentrado y lentos pasos. Es EDUVIGES; alto, de melena lacia y negra, y bigote indio. Todo su aspecto es de una contenida fiereza. FAUSTO está vestido de paisano, con austera sobriedad. Así es él, siempre. Ni ríe a carcajadas, ni se enoja con gritos o ademanes violentos. Es un hombre centrado en la vida, con tan firme y seguro instinto, que apenas si mueven sus gestos el dolor o la cólera. Pero lo que no se oye en su voz, se ve en su mirada que hace el entusiasmo o el miedo de quienes la sufren en las horas de su pasión.)

FAUSTO. —

(Descendiendo del zaguán al patio y acortando la distancia que lo separa del otro.)

¡Te he dicho que no, y basta!... Andate y tratá de vivir tranquilo...

(Al sentir la voz enérgica los que están en el ombú se han vuelto hacia los que hablan, de pie y sorprendidos.)

EDUVIGES. —

(Mientras anda, seguido de FAUSTO, hacia el fondo de la escena. Se empeña en parecer humilde; pero su voz sigue siendo brava y firme.)

Dispense, General; mas, ¿cómo vamo a vivir tranquilos? Ya le mataron a Tomás Moreira, por quitarle la mujercita... No podemo ni llevar un pañuelo del color de su divisa. ¿Puede un paisano vivir tranquilo, si no lo dejan ni decir lo que piensa?

(Pausa.)

¡Y áura esto del Mayor Fernando, por culpa del Maragato ese! La gente se pregunta... y dispense el hablar: "¿Qué hace el Toro? ¿Se va a dejar poner el yugo?"

FAUSTO. — Carece tener paciencia...
EDUVIGES. — ¿Y cómo tenerla? Usté ve: han inventado áura, eso de vagos. Alambran los campos; cierran las porteras; achican la tierra... y al que no cabe en ella porque le han quitao su lugar, ¡lo prienden por vago!
FAUSTO. — Están afilando el cuchillo que va a concluirlos. Se doma un potro salvaje; pero nadie amansa al hombre. No perdás la paciencia.
EDUVIGES. — ¡Ahí está; es lo que yo digo!... Cuestión es, también, que pa algo están sus hombres. Es mi pensar.
FAUSTO. —
(De nuevo enérgico.)
¡Te he dicho que eso no puede ser!
EDUVIGES. — Deme permiso, y usté verá que sí. Aunque el Venao vive en el pueblo,
(Sonríe.)
el cuchillo no hace ruido, por más que dentre.
FAUSTO. —
(Ya colérico ante la incomprensión del otro.)
¿Cuándo me has visto en una cosa de éstas? ¡Basta, canejo!
EDUVIGES. —
(Sorprendido.)
¡Ah, sí señor... dispense!...
(Vase hacia el ombú, mientras el otro lo sigue a distancia.)

ESCENA SEGUNDA

(Por la puerta del zaguán, salen al patio y se dirigen en dirección contraria a aquella en que están los hombres, AGUSTINA y la mujer de CALIXTO. Cubierta la cabeza por un oscuro pañuelo que se anuda bajo el mentón y apenas si deja libre un perfil agudo y envejecido, vestida con humildad y aseo, la campesina lleva entre los brazos envuelto en ropas que lo ocultan casi totalmente, un niño de apenas un mes de edad. Hablan mientras andan.)

AGUSTINA. —
(Tiernamente, a la mujer.)
Ya no debían irse hoy, Margarita. Se nos perdió la

MARGARITA. — ¡Qué esperanza, comadre!... Ya está todo acomodao.

(Riendo.)

¡Vamos cargaos que ni turcos!... Eso quita las ganas de venir a la estancia: se llega con una mano atrás y otra adelante... y ya digo: se sale como turco, de cargao.

AGUSTINA. —

(Riendo brevemente.)

Para que el angelito abra los ojos al mundo, y piense que nadie padece hambre ni falta de abrigo, sin su culpa.

MARGARITA. —

(Mientras se despide.)

¡Dios la oyera!

CALIXTO. —

(Tendiendo la mano a FAUSTO.)

A sus órdenes General.

FAUSTO. —

(Estrechándole la mano.)

Que te vaya bien.

(A MARGARITA despidiéndola y aludiendo al niño.)

Ese ya no se lo voy a llevar yo.

MARGARITA. — Si no es a usté, ¿a quién seguirán mañana?

CALIXTO. — Ansina es: ¿ a quién seguiremos?

ESCENA TERCERA

(Cuando los campesinos desaparecen por la esquina adelantada del galpón, FAUSTO y AGUSTINA vienen hacia el centro del patio.)

AGUSTINA. — ¿Te hicieron enojar?

FAUSTO. — Por esa cuestión de tu hijo.

AGUSTINA. — ¿No podrá hacerse nada por él?

FAUSTO. — No puede hacerse lo que este indio Eduviges vino a ofertarme.

AGUSTINA. —

(Cuando ya va a entrar en el zaguán. Con timidez.)

No te olvides que ellos son unos asesinos.

FAUSTO. —

(Cortante.)

Pero yo no lo soy.

ESCENA CUARTA

(MANSILLA ha vuelto a sentarse en la sombra del ombú. Y mientras sus manos se ocupan en ordenar el recado del caudillo, sus ojos están puestos en éste que se acerca a él con andar lento y preocupado.)

FAUSTO. —

(Deteniéndose frente al asistente.)

¿Qué hay, indio?

MANSILLA. — Y, ya lo ve; limpiando su apero. De juro que hoy va a dar su güeltita, como siempre.

FAUSTO. — Sí; a estar solo, pa ver mejor las cosas.

(Pausa.)

¿Qué dicen por áhi?

MANSILLA. —

(Intentando levantarse.)

¿Quiere un amargo?

FAUSTO. — No; sentate.

MANSILLA. —

(Obedeciendo.)

Con su permiso.

(Pausa.)

Y, por áhi... ¡qué se yo!... Ya ve; ni se menta la traición de ese pícaro de Modestito.

FAUSTO. — Y era de buena laya, el bandido. Hombres leales, sus padres.

MANSILLA. — Algo está pasando en la sangre de los criollos. Talmente, parece que se hubieran güelto cuervos.

FAUSTO. — La necesidá, indio. ¿Quién iba a peliar antes por un pedazo de carne, si era lo que sobraba?

MANSILLA. — ¡Ah, claro; áura hay que ser rico! Maliceo que va a dir muy mal este páis, de tal modo. Van a terminar por hacer la guerra con gente conchavada.

mañana, y el sol va a calentar mucho para el angelito.

MARGARITA. —

(Con voz humilde, agradecida.)

No es nada, comadre.

(Ríe brevemente.)

¡Lo que son las cosas!... Ahí está lo que siempre le digo a Calixto: cuestión no es ser pobre, si no de güena laya. Y ahí tiene; todo se paga en esta vida. De aquí pa adelante seremos casi como de la mesma sangre. ¡Compadres del General!...

AGUSTINA. — ¿No trajo una sombrilla para resguardarlo? Mire que es lejos, de aquí a su casa.

MARGARITA. — No, no es nada, doña Agustina...

(Vuelve a reír.)

¡Cuesta acostumbrarse!... Mi comadre, no es nada.

EDUVIGES. — ¿Entonces, General?

FAUSTO. —

(Alzando la voz, enérgico.)

¿Ya no te lo he dicho?

(Al sentir la voz del caudillo, las mujeres se han vuelto sorprendidas, interrumpiendo su diálogo.)

EDUVIGES. —

(Tendiendo la mano en ademán de despedida.)

Dispense, General, si tengo mala cabeza...

(Pausa.)

Con que si no es ansina... Hasta la vista, y a sus órdenes.

FAUSTO. —

(Estrechándole apenas la mano.)

Y cuidate de no hablar, que en estos tiempos oyen hasta los pastos. Hasta la vista.

AGUSTINA. —

(A Fausto.)

Margarita quería despedirse.

MARGARITA. — Mas si está ocupao, no se haga un incómodo.

FAUSTO. —

(Yendo hacia las mujeres. EDUVIGES pasa junto a MANSILLA y se pierde más allá del ombú.)

No es ningún incómodo. ¿Van a viajar con el sol tan alto?

(Al llegar, bromeando.)

Los van a tomar por portugueses.

MARGARITA. — No señor, no; hay un airecito fresco.

CALIXTO. —

(Ha llegado junto a su mujer, y observa al caudillo con gesto de contenida admiración. Sus palabras son como un eco de las de aquella.)

Eso es; un airecito fresco.

(El grupo se ha vuelto a poner en movimiento hacia la esquina adelantada de la casa, por donde van a desaparecer los viajeros.)

MARGARITA. — ¿Ansina, General, que le ponemos no más su nombre?

CALIXTO. — ¡Ah, sí; su nombre!

FAUSTO. —

(Siempre con afectuosa cordialidad.)

Miren que trae desgracia.

MARGARITA. — ¡Qué ha de tráir!... Ansina, dende gurí, ya va sabiendo que tiene que ser un hombre.

CALIXTO. — ¡Sí, un hombre!

FAUSTO. — Por llevar el de mi abuelo, ¡ya ven qué peso!

MARGARITA. — Las espaldas se hacen a llevarlo. Un nombre es un destino. Y el alma, avisada dende temprano; se va haciendo juerte pa cumplirlo.

AGUSTINA. —

(A CALIXTO.)

¿Hizo cargar todo el charque? ¿No se les irá a abombar con el sol?

CALIXTO. — ¡Sí señora, como no! Dejé sólo los menudos. Nos da pa dos meses, lo menos... ¡Gordaza, la vaquillona!

AGUSTINA. — Que la disfruten.

(A MARGARITA.)

¿Y usted le dió la lana que Carmencita le regaló para el colchón? Que no se les olvide.

es pa cáerse muerto!... ¡Qué tiempos, santos benditos! ¿Y esto es un páis? Ya no se respeta nada en esta tierra.

(A DEMETRIO, que se ha quedado distante. Enérgica.)

¡Movete, pues!... Vení a contarle vos.

AGUSTINA. —

(Deteniendo el afanoso trabajo.)

¿Qué hay, Loreta? ¿Por qué ese alboroto?

(Viendo a DEMETRIO.)

¿Y usted no se había ido ya?

DEMETRIO. —

(Acercándose.)

Sí, señora; me juí y no me juí... porque di güelta de la pulpería.

(Pausa.)

Porque pa dirme ansina, callao y con esa... con que, mesmo...

LORETA. —

(Impaciente.)

Bueno, hombre, bueno, decí las cosas de una vez y sin tantos revoleos.

AGUSTINA. — Déjelo hablar, Loreta. ¿Qué le pasó, Demetrio?

DEMETRIO. — ...Con que me allegué a la pulpería pa levantar el surtidito ese con que el General quiso ayudarme a pasar este invierno. Con él, y la carrada de leña que me dió pa cortar...

LORETA. — ¡Dejate de venir con arañas por la paré, y contá de una vez lo del pulpero!

DEMETRIO. — Con que leyó la orden, y encomenzó a decir entre rezongos: No hay yerba; ni tabaco; ni galleta; ni fideos. Total, ¡fundida la pulpería!...

LORETA. — ¿Oye, doña Agustina?... ¡Que ésto le hagan a Fausto Garay! ¡Un oriental no hubiera sido capaz! ¿Ha visto gringo más atrevido? Y esto no es de áura. Va un tiempo que pa aquí mismo, siempre queda por mandar algún algo.

AGUSTINA. — ¿Y usted le dijo que era por orden de Fausto, que iba a buscar ese surtidito?

DEMETRIO. — ¡Cómo no, señora!... Usté ve que el pulpero sabe que yo no sé escrebir. ¿Con qué, cómo iba entonces a dibujar aquellas palabras que estaban en el papel? ¿No verdá?

LORETA. — Y al lao del mostrador, jugando al truco, la rueda del comisario Modestito, los Borges y el Maragato. Asomándose a la reja, los dos capangas de ese bandido... ¡Ante un público de gente —y qué gente— hacerle eso a don Fausto!...

(Pausa.)

¡Si es pa montar a caballo!...

AGUSTINA. — ¡Qué insolencia, Dios mío... y cuánta ingratitud!...

(Con desolación.)

¡Ah, la pobreza no respeta ni virtud, ni fama, ni cosa noble sólo del hombre!

LORETA. — Qué pobreza ni pobreza, doña Agustina; lambanzas de ese gringo con los que áura mandan.

AGUSTINA. — Sí, Loreta... usted no sabe.

(Vacilando entre decir o callar.)

Pero ya va más de un año que no arreglamos la libreta de la pulpería. Mas, ¿cómo cambiar a Fausto?

(Desolada.)

¿Qué va a ser de nosotros? La desgracia va estrechando un negro cielo de tormentas alrededor de la estancia.

LORETA. — ¡Ah, si fuera yo, todo esto terminaba áura mismo!... Carecería sólo decírselo a don Fausto y usté iba a ver cómo su rebenque surtía en seguida la pulpería de ese gringo!... ¡Y lo que se habrá relamido el Maragato ése!.

DEMETRIO. — Con que... no hay pa qué amargarse, doña Agustina. Yo sé apreciar lo mesmo la generosidá del General.

(Tendiendo la mano.)

Hasta la vista.

FAUSTO. — Antes, cualquiera se agenciaba su arma; una tacuara y un cuchillo, hacían una lanza. Hoy es otra cosa.

MANSILLA. — Mesmo. Usté va a las pulperías, a cualisquier lao, y se topa con endividuos a los que rodean el comisario, el juez de paz, el pulpero... ¡y hasta los gauchos pobres! Y uno al verlos tan engrandecidos, pregunta por su apelativo. ¡Don Fulano! Y abren la boca. ¿Quién lo echó al mundo? ¿En qué lao mostró que era un hombre? Naides sabe. Pero tiene plata, canejo, y hay que rodiarlo.

(Con encono.)

Y usté dice: ¡Yo soy el asistente de Fausto Garay! y ellos lo miran como a bicho raro, y hablan de majadas, y plantíos de porotos... ¿Aonde va a quedar el hombre?

FAUSTO. —

(Con tristeza viril.)

¡Y tanto que hicimos porque no se perdiera!

MANSILLA. — ¡Y áura lo del Mayor Fernando! ¡Y el Maragato ese, riyéndose en las pulperías!...

FAUSTO. —

(Reaccionando de su fugaz abatimiento.)

¿Vos lo viste?

MANSILLA. — Si lo hubiera hecho en mi presencia, mi cuchillo le habría abierto veinte bocas pa que le chorreara la risa hasta la muerte.

(Pausa.)

Más dice la gente.

FAUSTO. — ¿Qué dice?

MANSILLA. — Mesmo, no saben qué hacer ni qué decir.

FAUSTO. — ¿Y vos qué creés, indio?

MANSILLA. — ¿Qué voy a creer? Usté sabe lo que hace; y mientras no nos falte, todo es cavilar al ñudo... ¿Dispués, si acaso?... Güeno, dispués... se habrá cum-

plido un Destino. Que otros queden pa mirar al que venga.

(Pausa.)

¡Lo que me subleva es eso del Maragato!

FAUSTO. — ¿Es cierto que anda con dos capangas?

MANSILLA. — Ansina dicen; dos portugueses pa guardarle la espalda. Mas yo no lo he visto.

FAUSTO. — ¿Con quién va a pelear?

MANSILLA. —

(Poniéndose de pie. Mientras recoge el recado.)

¿Con quién va a ser?

FAUSTO. —

(Mientras se dirige lentamente hacia el campo que se ve asomar entre el ombú y la palma.)

Andá ensillando.

MANSILLA. —

(Yendo hacia el galpón.)

¿Va a salir solo?

FAUSTO. —

(Con contenido enojo ante la pregunta.)

¿Pa qué quiero compaña?

MANSILLA. —

(Para sí mismo.)

Y... esas cosas... un maula, nunca es de fiar.

ESCENA QUINTA

(AGUSTINA llega hasta la puerta del zaguán, al que termina de barrer, cuando por el patio avanzan hacia ella LORETA y DEMETRIO. En tanto la mujer anda con precipitados pasos y habla con nerviosas palabras de indignación, el hombre, un mísero campesino de edad avanzada, síguela lentamente con aire humillado y contrito.)

LORETA. —

(Casi gritando.)

¡Doña Agustina, doña Agustina, venga a oír lo que ha pasao a Demetrio con el gringo de la pulpería... ¡Si

AGUSTINA. — No, no se vaya así. Espere. Fausto no tiene más que una palabra. Lo que él dió, dado está.
LORETA.—¿Quiere que lo llame pa contarle lo acontecido?
AGUSTINA. — ¡Cállese, no hable de contárselo!... ¡Sólo yo sé la tristeza que está cayendo en su alma, cada día! ¿Todavía hemos de colmársela con esta miseria?

(Haciendo lo que anuncia.)

Espérese, Demetrio; le daré el dinero para ese surtidito. Entro y vuelvo en seguida.

(Váse precipitadamente por el zaguán adentro. Los otros quedan un instante en silencio, mirándola.)

LORETA. — Vos tenés que vengar ese insulto, indio.
DEMETRIO. — ¿Usté cree?
LORETA. — ¿Y vas a permitir una cosa de esas a tu jefe? Andá y refregale los vintenes por la trompa a ese gringo.
DEMETRIO. —

(Caviloso.)

Cuestión es... que si después don Fausto se anoticea de por qué jué la pendencia...
AGUSTINA. —

(Volviendo. Mientras se acerca.)

Tome, Demetrio; vaya y haga su compra. Trate de que Fausto no lo vea salir; no sea que le pregunte qué hace aquí todavía.
DEMETRIO. —

(Tomando el dinero.)

¿Pa qué se jué a molestar? Un pobre siempre halla modo de arreglarse. Con que muchas gracias, y hasta la vista.
AGUSTINA. — Hasta la vista.
LORETA. —

(Acompaña al otro, que ya cruza el patio.)

¿Vos ves, indio, lo que cuesta la vergüenza?
DEMETRIO. — Cuando falte esta estancia, ¿quién hará estas cosas?
LORET^ — Un gran fogón se habrá entonces apagao...

y el campo nos verá encogidos de frío, achicaos de miseria.

(Vanse. AGUSTINA vuelve a barrer.)

ESCENA SEXTA

(Desde el campo llegan CARMEN y MAXIMO. Siguiéndolos y trayendo una valija que irá a depositar en la entrada del zaguán, JORGE MANSILLA. CARMEN viste claros vestidos, alegres como la luz de la mañana que también parece oírse en su voz. MAXIMO, el novio, es un hombre ciudadano y de apenas más de treinta años. De color pálido aceitunado; ojos negros muy abiertos, con mirada de pueril curiosidad; de rostro huesoso y demacrado. Tiene en el gesto una confusa sensación de cansancio físico, aduladora cortesía y una impotente ironía cínica por aquello que no es capaz de comprender. Viste el traje de montar y las botas con que los hombres elegantes de la ciudad, creen ambientar su figura quebradiza en el sereno ambiente campesino.)

AGUSTINA. —

(Adelantándose a los que llegan.)

¡Qué temprano, Máximo! No lo esperábamos por la mañana.

MAXIMO. —

(Mientras le estrecha la mano.)

¿Cómo está, señora? Sí, salimos todavía de noche; el mayoral quiso aprovechar la fresca, y la luna de la madrugada.

(JORGE vase hacia el galpón.)

AGUSTINA. — Debe sentir apetito; el campo y el madrugón dan siempre hambre.

(Haciendo lo que dice.)

Voy a llevarle su valija y a prepararle un churrasquito.

MAXIMO. — No se moleste, señora.

AGUSTINA. —

(Yéndose por el zaguán.)

No es molestia.

CARMEN. —

(Al tiempo de hacerlo en el banco junto al paraiso.)

Siéntate. ¡Vendrás muy cansado!

MAXIMO. —

(Sentándose junto a ella.)

¡Aburrido, es lo que vengo! ¡Vives en el fondo del país!

CARMEN. — Aquí me encontraste.

(Bromeando.)

Más escondida, más guardada.

MAXIMO. — ¡Cien leguas de soledad y silencio!

CARMEN. — Sí, no son entretenidos estos campos. Aquí nada te distrae entre estos tan lejanos horizontes. Por eso cuando una idea nace en uno, vive aquí largamente.

(Sonríe.)

Una idea... que puede ser un cariño.

MAXIMO. — O un odio.

(Pausa.)

Carmen, es preciso irse de aquí.

CARMEN. — No espero otra cosa.

MAXIMO. — Debes convencer al General.

CARMEN. — ¿Convencerle de qué?

MAXIMO. — De que deben irse.

CARMEN. —

(Sorprendida.)

¿Ellos también?

MAXIMO. — Sí, también tus padres.

CARMEN. — ¡Ah, Máximo; él no va a quererlo!... ¿Cómo hacer?

MAXIMO. —

(Poniéndose de pie.)

Pues es preciso que lo quiera. Por ti, por doña Agustina, por Fernando... por nosotros. ¿Qué eres tú aquí, prisionera en ese altillo, no viendo más que gauchos oscurecidos de silencio los más de los días, o arrebatados por bárbaras pasiones cuando quieren algo?

CARMEN. — ¿Pero, y Tata?

MAXIMO. — El General... ¿qué espera aún? Tú debes saber y decírselo; si permanece no quedará para él ni

esta propia tierra de su estancia. En cambio, todavía es tiempo.

CARMEN. —

(Poniéndose de pie, asombrada.)

¿Qué quieres decir? ¿Ni la tierra de su estancia será suya? ¿Quién habría de quitársela?

MAXIMO. — Nadie, si no él mismo. Tú ves... esta casa es de todos... Aquí viene a esperar que haya baguales para amansar en el pago, el domador. En los montes de esta estancia se abrigan y comen los matreros. Las tropillas cansadas de los contrabandistas, aquí engordan mientras ellos los cambian por caballos de tu padre. Y los payadores pagan el techo y la olla de que se sirven, con la música de su guitarra. ¿Puede esto durar?

CARMEN. — Decírselo, sería pedirle como una huída.

(Con tristeza.)

Yo no me atrevo.

MAXIMO. — Tú eres la hija. Doña Agustina, tú y Fernando, ya es sólo lo que le queda. Háblale en nombre de ustedes, a quienes él quiere. Hazle sentir que es tu padre.

CARMEN. — ¿Tú crees?

MAXIMO. — ¿No se está en el mundo también para los suyos? ¿Qué hay más cierto y entrañable que esto? Dime. Yo creo que aún podemos salvar a Fernando.

CARMEN. — ¿Hablaste con el defensor?

MAXIMO. — No, con esos no hay que contar. En cambio, si el General no se opone yo iré a hablar con el Venao, como lo llaman ustedes.

CARMEN. — ¿Tú irías a hablar con el Venao? ¿Y en nombre de Tata?

MAXIMO. —

(Visiblemente molesto.)

¿Quién te ha dicho eso? Hablaría en mi nombre. Sólo quiero que el General me autorice a hacerlo.

CARMEN. — ¿Se lo dirías al otro?

MAXIMO. — ¿Para qué habría de decírselo? Pero el sólo hecho de ir yo...

CARMEN. — ¡Máximo, tú no conoces a Tata!

MAXIMO. —

(Enérgico.)

¡Pídeselo tú, por tu hermano!

CARMEN. — ¡Tampoco me conoces a mí!

MAXIMO. —

(Con cólera en que se muestra su sentimiento de humillación.)

¿Por salvar a tu hermano no eres capaz de comprender esto?

CARMEN. — ¡Ay, Máximo... un hijo de mi padre tendría el cuchillo en el cuello, y pediría la muerte antes que mirar con ojos que clamaran por la vida!... ¿Cómo quieres que entienda otra cosa?

MAXIMO. — Es que no se quieren bastante entre ustedes.

CARMEN. — No, Máximo, no es eso. Es que tal vez nos queremos demasiado. No te enojes... no me hagas caso... díselo a Mama. Mira, allí viene y ella tal vez te entienda.

AGUSTINA. —

(Llegando desde el zaguán y uniéndose al grupo.)

Vaya usted, mi hija, y cuide del churrasquito.

CARMEN. — Mama, tenemos que convencer a Tata y mudarnos a la ciudad. Aquí estamos solos, en medio de la desgracia... ¿No es cierto?

AGUSTINA. — ¿Irnos de aquí?

(Sonriendo dulcemente.)

¡Ah, muchacha!... ¿Cómo quieres que ahora cambiemos así la vida? ¿Qué rincón hay allí de más dulce tranquilidad que el que los cielos de la nochecita cierran sobre estos patios, cuando nuestros hombres trabajan olvidados de sus luchas?

CARMEN. — Es que estos campos no permitirán nunca ese olvido, Mama. Lo ahuyentan las canciones de los pa-

yadores, los viajeros que llegan al fogón, y hasta las cruces que asoman al camino.

AGUSTINA. — ¡Ah, si a Fausto no lo llamaran esas cosas lejanas y él no oyera más voces que las nuestras!

MAXIMO. —

(Mientras los tres andan hasta el fondo de la escena en donde se detienen.)

Usted puede hacer que salvemos a Fernando. Oigame cómo.

ESCENA SEPTIMA

(Mientras los tres hablan en voz baja con apasionados gestos, del campo regresan FAUSTO y MANSILLA. El Caudillo trae aún en la mano el rebenque, pues acaba de desmontar. El asistente lo sigue a escasa distancia, con la cabeza descubierta. Ambos traen un gesto preocupado por los pensamientos cuyas palabras ellos sólo oyen, aunque ya están junto a la palma.)

MANSILLA. — ¿Entonces no desensillo?

FAUSTO. — Dejalo a la sombra. Y vos ponete de bombero, disimulao en el cerro.

MANSILLA. — Pa mí, que ya no va a pasar. A lo mejor no son más que conversaciones de la gente.

FAUSTO. — Vamos a ver.

MANSILLA. — ¿Y si por un evento pasa?

FAUSTO. — Vos te acercás y decís: "Ahí vienen los bueye". Y te callás, ¿eh?

MANSILLA. —

(Con timidez.)

¿No sería güeno que yo ensillase? Siempre...

FAUSTO. —

(Volviéndose hacia el otro, con duro gesto.)

¡Retírese, canejo!...

(Al sentir su voz, los del primer grupo se vuelven hacia él. MAXIMO se adelanta tendiéndole la mano que el caudillo estrecha con contenida cordialidad.)

MAXIMO. — Buenos días, General. ¿Cómo está?

FAUSTO. — ¿Cómo le ha ido? ¿Cumplió la comisión?

MAXIMO. — Sí, señor. Y me apresuré a venir para enterarlo.

FAUSTO. — Muchas gracias.

(A las mujeres, y aludiendo al otro.)

Tenemos que hablar.

AGUSTINA. —

(Ya yéndose con su hija. A su marido.)

Van a ser las once. ¿Tocamos la campana para llamar a los peones?

FAUSTO. —

(Mientras se dirige, seguido por el otro, a sentarse a la sombra del paraíso.)

Como a usted le parezca.

(A MAXIMO.)

Siéntese.

MAXIMO. —

(Al tiempo de sentarse.)

Estuve en el diario del partido, en Montevideo, hablé con sus amigos políticos, y a todos enteré de lo que aquí está pasando con usted y los suyos.

FAUSTO. — ¿Y total?

MAXIMO. — El diario publicó un artículo planteando los hechos.

(Del bolsillo extrae la hoja impresa.)

Acá está.

FAUSTO. —

(Sin mirar siquiera el papel.)

Vamos a ver.

MAXIMO. —

(Leyendo.)

"UN ATENTADO. — Se nos informa, de fuente res-
" ponsable, que la policía de su departamento, ha co-
" metido un atentado en contra del General Fausto Ga-
" ray, y en la persona de su hijo Fernando. Este habría
" sido provocado de palabra por un vecino de aquellos
" lugares, y en sitio público..."

FAUSTO. —

(Interrumpiéndolo.)

¿Con que un vecino, el Cuico, no? ¿Entonces se les dice, según parece... pueda ser?

(Con enojo apenas reprimido.)

¿Y quién les dijo? ¿No les mostró la carta escrita por Agustina y en mi nombre?

MAXIMO. — Es que, según me explicaron allí, el Presidente no está del todo conforme con el partido del Venao. Y sacrificar ahora...

FAUSTO. —

(Apenas levantando la voz.)

¡Sacrificio... sacrificio!... Los que tenían mujer y unos hijitos pa criar, y montaron a caballo pa ir a quedar pudriéndose al sol mientras en sus ranchos la miseria ocupó su lugar, ¿qué hicieron, entonces, si lo de éstos es sacrificio? Aquéllos hicieron la historia, con sus muertes; éstos la escriben con palabras. ¡Y sólo se oirá la de éstos, sobre el silencio de aquéllos!... ¡Ah, Destino!... ¿Cuándo dejaremos de ser ignorantes?...

MAXIMO. —

(Sorprendido ante la última y extraña exclamación.)

¡Y en la ciudad dicen que los paisanos odian la instrucción!...

FAUSTO. — Usted ha oído que un gaucho ha matao un comisario, un turco, o un paisano como él. ¿Cuándo a un máestro? ¿Lo sabe usté?

(Pausa.)

Odiamos a los pícaros, ¿me entiende?

(Consigo mismo.)

Si lo que se aprende en los libros no mata al hombre, ni lo tuerce, ¡quién nos diera tiempo y modo pa aprenderlo!

(Reaccionando. Con palabra de forzada serenidad.)

¿Y en el pueblo, qué dicen? ¿El abogao crée que va a sacármelo a Fernando?

(Desde el fondo de la escena se alzan lentos, espaciados, los altos ecos de la campana llamando a los hombres de las distancias cercanas y distantes.)

MAXIMO. — Y... General... La cosa va a ser difícil.

AGUSTINA. —

(Alentada por la vacilación de su esposo.)

Máximo se ofrece para ello y está seguro de conseguirlo.

(Bajo la mirada interrogante de su hombre, vuelven a hacerse tímidas las palabras.)

Nada malo para nosotros.

(Con humilde pero firme resolución.)

Pero si por salvar a Fernando es preciso decirle al Venao que se le cree capaz de ser gente y justo...

FAUSTO. — ¿Quién ha de decírselo?

AGUSTINA. —

(Queriendo detener el áspero reproche que ya está en los ojos de su esposo.)

No tú, ni yo... No, no... ¿sabes?... sólo Máximo le hablaría, y por su cuenta.

FAUSTO. — ¿Qué caso le van a hacer a un pedido de ese mocito? ¿Quién es él, pal otro?

AGUSTINA. — Sí, claro... No es que sea sólo por el pedido de Máximo. Pero tú ves, es nuestro hijo, el último... Tú comprendes...

FAUSTO. —

(Poniéndose de pie, impaciente.)

¿Comprendo qué?

AGUSTINA. —

(Siguiéndolo, suplicante.)

¡Por tu hijo, Fausto!... ¿Qué importa que el otro crea que detrás de Máximo estás tú?

FAUSTO. —

(Apenas puede reprimir la violencia que crece en él.)

¿Yo pidiendo a ese sotreta?

AGUSTINA. — ¡Es la vida de Fernando! ¡Déjame explicarte!

(Implorando.)

¡Escucha, Fausto!... ¿Has de ser tú quien detenga la mano que apartará al rayo de mi cabeza? ¡Ten piedad!

FAUSTO. —

(Mientras anda con lentos pasos.)

¿Y eso ha pensao de mi ese mozo? ¿Me calcula capaz de pedir una cosa de esas? ¿Y vos también?

AGUSTINA. —

(El amor desesperado por su hijo esconde su temeroso respeto por el esposo a quién miró siempre tan alto.)

Te negaste a lo de Eduviges... no tienes quién lo defienda... ¿También esto?... ¡Ay!... No quieres que se mate por salvarlo; tampoco quieres que se pida. ¿Qué hace mi corazón? ¿En qué ha de quebrar tu vida un silencio que salvará a tu hijo? ¡Por éste sólo!...

FAUSTO. — Aquí se aprende la vida, mirando vivir; no hay otro libro. Un destino que no busqué, me levantó, así, en los ojos de mis paisanos. Ya no es sólo por mí, mi hecho. ¿Comprende?

AGUSTINA. —

(Anhelante.)

Pero yo soy una madre, Fausto, que te grita: ¡salva a mi hijo!...

FAUSTO. — ¡Ay, pobre mujer vencida de dolor!; ¿cómo ha perdido la memoria de la vida? ¡De los brazos de otras madres como usté, llamé a sus hijos... y no volvieron más.

(Pausa.)

¡Se los dejé tendidos abajo de un montón de tierra!

AGUSTINA. —

(Casi en un clamor.)

¡Eso hiciste, también, con los otros que te di! Detente ya, Fausto, ante éste que es el último!

FAUSTO. —

(Con tristeza viril.)

¡No puedo, mujer, no puedo!... ¡Ah!, ¿qué se yo quién me puso en este andar de un destino más fuerte que mis cariños?... Pero sé, sí, que desde que di en él el primer paso, ya no podría pararme jamás.

(Pausa.)

FAUSTO. — ¿Por qué, difícil? ¿No había testigos de cómo pasó? ¿Y mis terneros robaos por ese Maragato?

MAXIMO. — Pero los testigos no se animan; la policía los amenaza; el Gobierno no oye; el fiscal ignora... Y el defensor teme las represalias y a que lo cerquen por hambre. Dice que si lo señalan como enemigo, ¿quién le va a llevar asuntos para defender? Esa es la situación.

FAUSTO. —

(Aunque sea contenida su expresión, la cólera oscurece su frente.)

¡Miedo de los jueces, miedo del Gobierno, miedo de los vecinos y del defensor! Un cielo de bajezas les hunde los hombros, cierra los ojos, y entumece las lenguas. ¡Esto han hecho de un rincón del país!

MAXIMO. — ¿Qué vamos a hacer? Nadie ve ni oye. El temor al hambre y a la muerte...

FAUSTO. —

(Reconcentrado ya, en una trágica resolución.)

Yo abriré una boca que grite la verdá, como pa que nadie deje de oirla; levantaré la justicia con un color que no habrá ojo que no la vea.

(Paseándose a lentos pasos, en dramática meditación.)

Está bien... está bien... ¿Con que nadie ve?

(Llamados por la campana irán llegando, con cansado andar, y sentándose a la sombra de la pared del galpón, los humildes trabajadores y huéspedes de la estancia: Los peones, que unos a los otros se echarán agua en las manos para lavárselas; el QUINTERO, cuidadoso de sus instrumentos de trabajo, aprovechará el descanso para limpiarlos; el PAYADOR, con su guitarra a la que se pondrá a templar apagadamente; el DOMADOR, el CARRERO. Todos, menos MANSILLA. LORETA entre ellos, a espaciados intervalos. Desde la distancia en que están no pueden oír las palabras que se dicen en el principio del patio; pero la presencia del Caudillo en él pone en todos un gesto grave, y silencio en los labios...)

ESCENA OCTAVA

AGUSTINA. —

(Llegando desde el zaguán.)

Máximo, su churrasquito está en la mesa. Carmen lo espera.

MAXIMO. —

(Yéndose.)

Sí, señora. Con su permiso, General.

AGUSTINA. —

(Con tímida solicitud.)

¿Si nos sentáramos, Fausto? Yo quisiera hablarte...

FAUSTO. —

(Accediendo.)

Ya le estoy oyendo. ¿Qué hay?

AGUSTINA. —

(Sentándose a su lado.)

...De Fernando...

FAUSTO. — Parece que nadie se anima a defenderlo.

AGUSTINA. — ¿Máximo te contó cómo nos han abandonado todos?

FAUSTO. — Así tenía que ser.

AGUSTINA. — ¿Por qué? ¿Acaso tu vida pasada no ha sido para servirlos?

FAUSTO. — Sí; pero es mi vida pasada.

AGUSTINA. — ¿Y ahora?

FAUSTO. — Ya ve.

AGUSTINA. — Entonces, los hombres?...

FAUSTO. — Y... no son ángeles.

AGUSTINA. — ¿Así pagan?

FAUSTO. — Casi siempre así, los que están cerca. Después, al tiempo... los que vienen más tarde, recién ven.

AGUSTINA. — ¡Tarde!

FAUSTO. — Eso es. Mas no tanto como pa que todo sea al ñudo o se pierda.

AGUSTINA. — Pero, ¿ y nosotros?

FAUSTO. — Ahí tiene.

AGUSTINA. — Nuestro hijo está vivo, y pueden matarlo.

(Intenta tímidamente el ruego.)

Y todavía no hemos hecho todo lo posible por salvarlo.

FAUSTO. — Si usté piensa algún modo, podríamos ver.

(Pausa.)

Yo no encuentro cómo.

Me están mirando, no sólo todos mis paisanos, si no mis hechos todos.

(Pausa.)

¡Y los que ya murieron a mi lado, desde hace tanto!

AGUSTINA. — ¡Ay, Fausto... fantasmas de la muerte te tapan los ojos y no te dejan ver que perderás la vida de Fernando! Yo miro para atrás en mis años...

(Casi llorando.)

¿Qué quedará del fruto de mi vientre? ¿Quién hablará por nosotros? Dime, ¿así nos perderemos?

FAUSTO. — Si también éste se ha de perder, que sólo queden, hijos nuestros, los hechos que hemos cometido, pa cumplir con la vida.

(Pausa.)

En la memoria de los hombres crecerán, y hasta es capaz que hablen, y acaudillen sus vidas.

AGUSTINA. —

(Con amargo rencor.)

¡Estoy cansada, sin fuerzas en mi vejez, de tanta lucha! No quiero ser más que una madre abrazada a su último hijo... Déjame!

FAUSTO. — Yo estoy cansao, casi desde muchacho... ¡y sigo!...

AGUSTINA. — ¡Tú no nos quieres!...

FAUSTO. — ¡Mujer!...

(AGUSTINA ya no puede contestarle, pues el llanto apaga sus palabras y quiebra su dolorida figura. El vuelve a pasear, grave y reconcentrado, en tanto ella se dobla en el banco bajo al peso de los sollozos.)

ESCENA NOVENA

(MANSILLA viene del campo. Al verlos, respetuoso ante el dolor de la mujer se detiene, el sombrero en la mano, junto a la palma. Desde allí hablará con palabras enardecidas por la emoción.)

MANSILLA. — General...

FAUSTO. —

(Reaccionando de su pesadumbre.)

¿Qué hay?

MANSILLA. — Ahí vienen los güeyes.
FAUSTO. — ¿Con qué rumbo?
MANSILLA. — Como en un alarde, rodiando los límites de la estancia y el camino.
FAUSTO. —

(Con vivo paso que anuncia su apasionado propósito.)

¡Ah, trompetas!... ¿y han de meter la cabeza en la boca del lobo?
MANSILLA. —

(Cuando ya el otro va a desaparecer.)

¿No me deja que lo acompañe?
FAUSTO. — ¡Quieto, canejo!

ESCENA DECIMA

(El grupo de los peones ha terminado de reunirse, sentados en pequeños bancos a la sombra del galpón. El mate comienza su lento andar entre ellos. Desde entonces, coro de figuras humildes, y al tiempo recias, las voces de todos, serán un grave eco comentando el diálogo que sucesivamente, dos de entre ellos, sostendrán. Más tarde, cuando la emoción los ponga de pie, todas serán una sola y dramática voz. LORETA ha llegado desde el galpón, a reunirse con AGUSTINA, que aún permanece, agobiada, sobre el banco a la sombra del paraíso. CARMEN viene a unirse al grupo. Al trasponer el zaguán, se acerca por el lado de fuera a la ventana que se supone da al comedor en que está MAXIMO. Y desde allí le habla.)

CARMEN. — Ya sabes; sube a mi cuarto que allí han puesto tu valija.

(Contestando a lo que le dicen desde adentro.)

Sí, será tu pieza mientras estés.

(Escucha.)

¡Oh, estarás con más libertad!

(Separándose para unirse a su madre.)

Te esperaremos aquí. No demores, ¿eh?
UN PEON. — ¡Arde el mediodía!... Va a cantar largamente la torcaza.

LOS HOMBRES. — ¿Quién ataja al Destino?
MAXIMO. — Los otros lo han sentido. Se paran... Se juntan... sí, son tres...
LAS MUJERES. — ¡Ay, lo matarán!... Son tres...
LOS HOMBRES. — ¡El es Fausto Garay!
CARMEN. —

(A MANSILLA.)

¡Salte usted en el parejero y alcáncelo! Ataje esa muerte...

MANSILLA. —

(Desolado.)

¡Señorita, por su orden estoy aquí!

LOS HOMBRES. — Aunque volase el caballo, más pronto llega la hora que está escrita.
MAXIMO. — Alza un brazo... grita... ¡Pero el silencio apaga las palabras!
LAS MUJERES. —

(Llevándose las manos a la cara.)

¡Ay, Dios mío!...

LOS HOMBRES. — ¡Un tiro!
MAXIMO. — El sigue corriendo por la ladera. Los capangas se abren en rumbos distintos. Los ganados huyen. Y se quedan quietos, en círculo, sobre la loma. Los hombres también corren en círculo...
LOS HOMBRES. — Que la fatalidá cerró pa ellos en el campo abierto.
MAXIMO. — Ahora se paran... están muy cerca...
LAS MUJERES. — El Destino los ata, y los enfrenta.
LOS HOMBRES. — ¡Nada los separará, si no la muerte!
LAS MUJERES. —

(De nuevo intentan taparse los oídos.)

¡Ay, ay!...

LOS HOMBRES. — Las balas tráin un nombre escrito.
MAXIMO. — ¡Vive! Entre las nubecitas de los dos tiros, están los dos a caballo.
LOS HOMBRES. — Las del Maragato no tráian el nombre de don Fausto!

MAXIMO. — En la mano de él, brilla en alto el facón.
LAS MUJERES. — El arma del otro lo matará de lejos.
LOS HOMBRES. — ¡La de él no erra si se acerca!
MAXIMO. — No puedo ver... Taparon el cielo que había entre sus cuerpos...
LAS MUJERES. — ¡Ayúdalo, Dios mío!
LOS HOMBRES. —

(Con fiera alegría.)

¡Aura entra el facón!...
LAS MUJERES. — Y ahora... ¿qué hacen? ¿Los ve?
MAXIMO. — Se han bajado. Los caballos huyen. El Maragato corre adelante. Don Fausto lo sigue.
LAS MUJERES.—¿Estás seguro que es Fausto quién sigue?
MAXIMO. — No distingo bien... Desde aquí parecen dos grandes insectos negros sobre el campo amarillo...

(Con alegría.)

¡Sí, es él; le relumbra el cuchillo!
LAS MUJERES. — ¡Ay, no podrá alcanzarlo!... ¡Uno es viejo, el otro joven!...
MAXIMO. — El primero corre tambaleante...
LOS HOMBRES. — La muerte lo va maniando.
MAXIMO. — El otro lentamente.
LOS HOMBRES. — Pero lo alcanzará.
MAXIMO. — Están otra vez cerca. Se detienen. El primero... ¡tiró!...
LAS MUJERES. — ¿Cayó el nuestro?
MAXIMO. — Están los dos de pie.
LOS HOMBRES. — El Destino está cegando al Maragato. O el miedo.
MAXIMO. — Sólo hay un pedacito de cielo entre ellos...
LAS MUJERES. — ¡Ay, no quiero ver!
LOS HOMBRES. — ¡Mire áura!...
MAXIMO. — Cae uno...
LOS HOMBRES. — ¡El Maragato!
LAS MUJERES. — ¡Ay, Dios mío!
MAXIMO. — El otro se agacha sobre él... Ahora se para. El caído es la sombra tendida a los pies del que está alzado, firme, en la cuchilla.

LOS HOMBRES. — ¡Ese es don Fausto!
MAXIMO. — Es él, que busca el caballo.
LAS MUJERES. — ¿Viene herido?
LOS HOMBRES. — Viene vengado... ¡Y en su ley!
MAXIMO. — Ya monta. Galopa hacia aquí. Los ganados lentos, desconfiados, van cerrando un círculo sobre la línea negra que es el cuerpo del Maragato sobre los pastos amarillos. Así él parece la única sombra entre tanta luz del campo.

(Ya al entrar al balcón para bajar al patio.)

Ahí viene llegando don Fausto.

(Los grupos comienzan a deshacerse. Las otras mujeres rodean el banco en que AGUSTINA se ha sentado, llorosa. Los hombres vuelven, lentamente, a la rueda del mate.)

MANSILLA. — ¿Oye?
QUINTERO. — ¿Un toro?
MANSILLA. — Está balando sobre la sangre fresca.
DOMADOR. — Ya tiene el Maragato quién lo llore.
PAYADOR. — ¡Lindo pa componer una décima!
AGUSTINA. — ¿Ve, mi hija? Y nosotras disgustándolo con nuestros pedidos.
MAXIMO. — Era para evitar todo esto, doña Agustina.
AGUSTINA. — ¡Qué ciegos somos! Vivimos a su lado, y todavía no aprendimos a conocer cuándo ya está ardiendo en su fuego. ¡Y lo dejamos sufrir solo, con nuestras súplicas de mujeres!
LORETA. — ¡Ahí llega!

ESCENA UNDECIMA

(Las palabras casi gritadas de LORETA, han vuelto a poner de pie a todos. Los hombres están de nuevo alineados y van quitándose con gesto grave el sombrero. Las mujeres, con los brazos extendidos, se adelantan hacia el espacio entre los árboles por donde él va a llegar. Y antes de que aparezca, ya le gritan.)

AGUSTINA. — ¡Fausto, mi Fausto!, ¿qué has hecho?
CARMEN. — ¿No viene herido, Tata?
AGUSTINA. — ¡Cómo te habrás cansado y sufrido!... ¡A tus años!...

(FAUSTO está ya sobre el patio. Su presencia hace un silencio de emocionado respeto en todos. Cierto es que está cansado. Pero no tanto como para hundir su busto erguido ni apagar su firme mirada. AGUSTINA y la hija corren a estrecharse en sus brazos. El avanza a recibirlas y así queda, un instante, en medio del patio, alzándose su cabeza blanca sobre las renegridas de las mujeres, que se curvan en su pecho.)

FAUSTO. —

(Deshaciéndose de las mujeres. A MANSILLA.)

Aprontate, indio, que vamos pal Brasil.

(A LORETA.)

Traiga mi maleta y mi poncho.

LORETA. — Voy, General; voy corriendo.

FAUSTO. — ¡Despacio, canejo! ¿Quién tiene apuro?

LORETA. —

(Detenida bruscamente por la ruda voz.)

¡Ah, sí señor!

FAUSTO. —

(A los hombres.)

Ustedes, vayan allí, y claven una cruz. Pa que los que pasen por ese camino, sepan que hubo un tiempo en que se hallaba la justicia en el campo.

LOS HOMBRES. — Así se hará, sí señor.

TELON.

OTRO PEON. — Su canto mojao golpea como un péndulo en el silencio.

UN PEON. — ¿Cuál será más grande, el de la noche o éste?

OTRO PEON. — Este, de la luz.

LOS PEONES. — ¡Silencio de la claridad!

UN PEON. — Ah, sí; la noche tiene infinidad de vocesitas apagadas... y una, resonante, en la altura. De ahí el canto que se viene a la boca, viajando solo.

OTRO PEON. — Este, en cambio, golpea la cabeza de los ganados, y arrolla a los pájaros en las ramas. Hay como un cansancio enojao.

LOS PEONES. — Mesmo; un cansancio de enojo.

PAYADOR. — La noche te llama al viaje, o te ciñe en la rueda del fogón. Y sobre el recado tendido, el cuerpo es del sueño como la mujer del hombre.

QUINTERO. — El mediodía te corre de los caminos soleados y te aplasta en una sombra cualquiera. Ni andás, ni dormís.

PAYADOR. — Y las moscas zumban sobre la cabeza tendida, con un pegajoso zumbido recuerdo de la muerte.

MANSILLA. —

(Que está de pie, impaciente, mirando al campo. Con enérgica voz que sorprende a los otros.)

No mente el rayo en la tormenta.

PAYADOR. —

(Disimulando en la broma su sorpresa.)

¿Estás por peliar, Mansilla?

MANSILLA. —

(Siempre de espaldas al grupo.)

Yo no; pero la muerte anda ronciando estas cuchillas.

LOS PEONES. — ¿La ven tus ojos?

(Señalando la lejanía.)

Pa nosotros, no hay más que una luz pesada en el campo.

AGUSTINA. —

(En voz alta, a MANSILLA.)

¿Dónde está Fausto? ¿Volvió a salir, y a esta hora?

MANSILLA. — Agarró pal campo. Yo no sé, mesmo, pa dónde.

CARMEN. —

(De pie, grita hacia el altillo.)

¡Máximo, Máximo!, ¿tú no ves de ahí a Tata?

MAXIMO. —

(Asoma en el balcón. Está vestido con pantalón ciudadano, azul, y una blanca camisa de estío. En el instante en que le llamaron se ocupaba en peinarse. Por eso asoma con las manos cerrando un arco sobre su cabeza.)

¿El General?

(Mira la lejanía.)

CARMEN. — Desde ahí ves toda la estancia. Búscalo.

MANSILLA. — Rumbo al camino...

MAXIMO. —

(Haciéndose pantalla con las manos, pues la luz reverberante cuelga infinitos cristales sobre el cerro.)

Sí... allá va... Ahora se baja...

LAS MUJERES. —

(De pie anhelantes, intentando ver lo que el otro va diciendo.)

¿Dónde?

MAXIMO. — Aprieta el alambre... montó. Ahora galopa por el camino del campo abierto.

LAS MUJERES. — ¡Los campos del Maragato!

MANSILLA. —

(A MAXIMO.)

Corra la vista por el rumbo que él lleva. ¿No ve nada, adelante?

MAXIMO. —

(Su voz irá adquiriendo el tono dramático de las visiones que mueven sus palabras.)

¡Sí!... por la cañada van tres hombres arreando un ganado. Uno monta un oscuro... brilla la plata en sus estribos...

MANSILLA. — ¡El Maragato y sus capangas!

LAS MUJERES. — ¡Corra, Mansilla, atájelo!...

(Los hombres se han puesto de pie y así son, en el extremo del patio, el coro opuesto, grave y dramático, contestando al vivo y angustioso de las mujeres.)

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

El mismo ambiente del Acto Primero. Sólo que ahora han pasado sobre el patio diez años y en su amplitud va ensanchándose la pobreza. Así están de cansados los cuerpos y envejecidas las paredes. Sólo los árboles y los cielos alzan su juventud invencible. La luz de la tarde acentúa en esta diferencia entre los hombres y su casa y el paisaje, una emoción melancólica.

ESCENA PRIMERA

(AGUSTINA y MAXIMO salen del zaguán y van a sentarse en uno de los bancos de piedra. El está vestido con cuidado traje ciudadano. Ella trae en las manos una ahondada fuente en que, mientras habla, batirá huevos y azúcar para un postre. Uno y otro hablan con lentitud de meditación.)

AGUSTINA. — No, mi hijo, no me pidas eso. Sería traicionar mis sentimientos y soplar sobre el fuego. ¡Que ojalá esté para siempre apagado!

MAXIMO. — El país entero está mirando hacia aquí. El es la más fuerte esperanza entre tanta amargura que se vive bajo la tiranía.

AGUSTINA. —

(Al sentarse. Con tristeza.)

¿Ahora recién lo piensan? ¿Y cuando lo dejaron solo? Durante sus años de destierro después de lo del Maragato, que en paz descanse, ¿qué hicieron por él los que ahora lo llaman?

ESCENA SEGUNDA

(Desde el galpón viene FERNANDO. Sobre él la vida ha pasado acentuando la hosquedad de su gesto y la firmeza apasionada de su palabra. Entre él y MAXIMO hay una gran distancia de incomprensión que ninguno desea, ni intenta, abreviar.)

AGUSTINA. —

(Interrumpiendo a MAXIMO y aludiendo al que llega.)

Ahí viene mi hijo. Háblale.

FERNANDO. — Buen día.

AGUSTINA. — Buenos días.

MAXIMO. — Buen día.

FERNANDO. — ¿Tata?

AGUSTINA. — ¿No lo encontraste en el campo? Salió muy temprano.

FERNANDO. — ¡Y siempre solo! Todavía en una vuelta de ésas, malaya no le pase cualisquier cosa.

AGUSTINA. — ¡Y esos ataques que ya le vuelven a amagar! ¡Capaz de caerse del caballo, y solo!...

FERNANDO. — También.

(Pausa.)

Decía por esos milicos que vuelta y media andan ronciando la estancia.

MAXIMO. — Ahora debe cuidarse más que nunca.

FERNANDO. —

(Sin disimular su rudeza.)

¿Pa qué?

MAXIMO. —

(Que ha advertido la actitud del otro.)

El país lo necesita.

FERNANDO. — ¿Quién es el Páis?

MAXIMO. —

(Sorprendido.)

¿Cómo, quién es el país?

FERNANDO. — Sí, pues: ¿qué nombre tiene?

MAXIMO. — Y... el Partido...

FERNANDO. — ¿Y quiénes son, digamé, el Partido?
CARMEN. —

(Su voz llegando desde adentro.)

Mama, ¿quiere venir?
AGUSTINA. —

(Yéndose.)

En seguida, mi hija.

(A los hombres.)

Ya vengo; siéntense.

(Pero ellos continúan de pie, midiéndose con severa mirada.)

FERNANDO. — Pues sí, ¿qué nombre tiene el Páis?
MAXIMO. — Hombre... los que me pidieron que viniese, son los dirigentes del Partido.
FERNANDO. — ¿Los que hicieron la última paz?
MAXIMO. — Los mismos, exactamente, no. Algunos han cambiado...
FERNANDO. — ¿Dónde andaban entonces los que querían aquella paz, y áura esta guerra?
MAXIMO. — No todo el país está en los ejércitos de una guerra civil. Hay quienes esa lucha entre hermanos...
FERNANDO. — ¡Claro, faltan los maulas y los ladrones! Unos están en los maizales, y otros en los montes. ¿Son ésos los que áura lo mandan a usté?
MAXIMO. —

(Con violencia reprimida, ante la pregunta insultante.)

Vea, Fernando: no tiene por qué hablarme así. Cuando usted estuvo preso, lo serví cuanto pude.
FERNANDO. —

(Con frialdad.)

Gracias, amigo; mas no se lo pedí.
MAXIMO. — Y, por otra parte, en la ciudad no falta el hombre que se haga matar por su Partido. No sólo aquí se encuentra.
FERNANDO. — No le dudo nada que ansina sea; donde hay yeguas, potros nacen. Mas un pastor solo no hace manada.

MAXIMO. —

(De pie, frente a ella.)

Vengamos a lo de ahora. Al fin, es seguro que no va a ser preciso pelear...

AGUSTINA. — Y si es tan fácil, ¿por qué no buscan otro?

MAXIMO. — Los prestigios no se improvisan, doña Agustina.

AGUSTINA. — Lo que no se improvisa, mi hijo, es una vida.

(Con alejada voz, por un pensamiento en el recuerdo.) (Pausa.)

¡Ah, si tú vieras la suya desde muchacho!... El mejor bailarín de la mozada; el más hermoso de todos, y el más fuerte. Los ojos nuestros, de las mozas todas, se le estaban ofreciendo en las ruedas de los pericones... y, mucho más, se le entregaba la vida. Era para que lo celaron los otros, ¿no es verdad?, o le buscaran pendencia. Nadie lo hizo, mientras tanto; parecía como si todos sintiesen, viéndolo, que un grave destino se apoyaba en sus hombros.

MAXIMO. — Toda esa vida anterior es la que lo reclama ahora. El es el caudillo.

AGUSTINA. — Y sin embargo, es preciso que aún en los días calurosos se envuelva en un poncho las rodillas. Arrastra los pies, y apenas si sube a caballo.

MAXIMO. — Pero su alma será idéntica.

AGUSTINA. — Tú lo ves: ¿quién mirándolo hoy, recuerda en su presencia su prestigio? Vive para nosotros, su campo, su silencio. ¡Tanto ha visto! Así en él ahora, todo es un tenaz sosiego. Timidez del coraje; quietud del viento. No, no le hables de guerras. Siente la humillación del heroísmo y la soledad de quien extendió su familia hasta todos sus paisanos.

(Pausa.)

Ahora es cuando es mío, ¿y quieres que yo misma lo pierda?

MAXIMO. — No sería usted, doña Agustina. Ya le digo:

en la ciudad todos los labios pronuncian en voz baja su nombre.

(Sonriendo.)

¡Si hasta Carmen y yo mismo lo desconocemos en el retrato que de él nos hacen!...

AGUSTINA. — Yo tampoco podía reconocerlo en el que de él hicieron algunos diarios, cuando no lo necesitaban. No tenía familia, ni amigos, ni casa... ni cosa alguna como no fuera un bárbaro impulso de guerrear porque sí, por jugar a la vida y a la muerte.

MAXIMO. — Nadie les explicó su vida. No todos los caudillos han sido como él.

AGUSTINA. — Pero sólo han visto a los que no fueron como él. ¡Ah!, yo no entiendo nada; soy una pobre mujer que no ha aprendido más que a mirarlo. Pero tú, que has de saber, dímelo: ¿Quién plantó en estos campos la simiente de los caudillos?

(Pausa.)

Yo solo sé que el carrero cuenta que nadie guió nunca una carreta como Fausto, y le tiene por el mejor de los suyos. Los domadores recuerdan cómo era él de jinete. Un enlazador te contará sus piales, como un guerrero sus cargas. Las esposas miran esta casa, y los hombres este padre. Aquí llegan a guardarse los secretos que ni a la mujer en el lecho, confía el marido. Los matreros le descubren sus rumbos, y los perseguidos su desgracia. Cada uno le tiene por su imagen, y él es la de todos. ¿Por qué es esto así? ¿Qué culpa es la suya? Y ahora, ¿por qué te envían a buscarlo?

MAXIMO. — Por ser el esposo de su hija, me llamaron.

AGUSTINA. — ¡Ay, si tú supieras!... No habla de otra cosa que de lo poco que les dejará a sus hijos en el día de mañana. La vida se le está apagando, poco a poco, detrás de sus silencios.

(Desolada.)

¿Quién iba a decir que Fausto Garay un día iba a llorar por cualquier nadita?

MAXIMO. — Pero todavía, si monta a caballo...

MAXIMO. —

(Intentando un último esfuerzo.)

Si usted quisiera oírme tranquilo, vería que no tiene razón.

FERNANDO. —

(Con un dejo entre amable y despectivo.)

Hable no más, cuñao, que lo escucho.

MAXIMO. —

(Sin detenerse ante la ambigüedad del acento del otro.)

No es sólo nuestro Partido el que sufre. Es, ya digo, el país entero. Bastará el nombre de Fausto Garay... ¿Me comprende? Ni siquiera habrá guerra. Que él tenga el arrojo de alzarse, y todo...

ESCENA TERCERA

(CARMEN ha salido del zaguán y se acerca a los hombres sin que ellos la adviertan. Ahora su paso es de un gallardo reposo que ennoblece su figura ciudadana. Trae un libro en la mano.)

FERNANDO. —

(Interrumpiendo, con sorda voz, a MAXIMO.)

¿Y si no lo hace?

MAXIMO. —

(Sin comprender el encono que apaga la voz y brilla en la mirada del otro.)

¿Si no lo hace? Entonces la historia dirá que le faltó ese arrojo...

FERNANDO. —

(Intenta dar un salto hacia el otro al tiempo que, violento, busca el puñal en la cintura y grita.)

¡Decilo vos, cajetilla!

(Pero CARMEN ha corrido, más rápida que él, y le sujeta por el brazo.)

CARMEN. — ¡Fernando!... ¿Estás loco?

FERNANDO. —

(Conteniéndose.)

Nos acaba de insultar.

MAXIMO. — ¿En qué está el insulto? ¿Acaso lo digo yo? Pero aunque usted y yo y todos nosotros no lo pensemos, con eso no basta para que ya no exista el pensamiento en otros.

CARMEN. —

(Interponiéndose entre los hombres.)

Ustedes nunca podrán hablar y entenderse.

(MAXIMO se aparta, malhumorado, y comienza a pasearse y liar un cigarro. Luego vase, a lentos pasos, hacia el galpón.)

FERNANDO. — Claro, yo no soy un máestro como vos, ni letrao como él.

CARMEN. — ¿Te molesta mi título?

FERNANDO. — Mi padre no sabe escribir.

CARMEN. —

(Con afecto acentuado.)

Escúchame: somos los únicos hermanos que quedamos. ¿Por qué habríamos de enojarnos? ¿Por qué estamos así desde nuestra llegada?

FERNANDO. —

(Condescendiendo.)

Está bien... pero no porque uno sea un gaucho bruto...

CARMEN. — ¡Oh!, ¿quién dice eso? Sí; tú eres tan guapo como Tata, y tan celoso como él de tu libertad. Pero mientras tú eres el potro de tus propias pasiones, él ha sido el domador de las suyas.

FERNANDO. — ¿Te lo enseñaron los libros?

CARMEN. — Me lo enseñó el mirarlo vivir.

FERNANDO. — Ansina que pa vos, asigún tus libros hay que primero preguntar: ¿Mato o no mato?

CARMEN. — No, Fernando, no. Ellos no lo preguntan, y parecen saberlo desde muchachos. Un oído que nosotros no tenemos, oye la respuesta. Guapo, y bueno y gaucho en todo, era Tomás Moreira. El era rico y Tata pobre. Se criaron al mismo tiempo y en el mismo lugar. De Tomás Moreira, el coraje hizo un matrero; de Tata, un Caudillo.

FERNANDO. — ¿Entonces, vos también querés que se levante?

CARMEN. — Quiero.

FERNANDO. — ¿Y qué querés que haga él solo? ¡Dejate de historias! Si hasta los paisanos van juyendo pa los pueblos y viven confundidos en el montón. ¿De qué querés que sean capaces áura, si ya ni de montar a caballo se han de acordar?

CARMEN. — Se pierde más fácil esa costumbre, y todas, que la memoria de la vida. Esta estará como escondida y muerta. Pero todavía oye y reconoce aquella voz que un tiempo oyó en los labios de sus padres, y les hizo soñar con hombres libres.

FERNANDO. — Embretaos en esos pueblos.

CARMEN. — También estoy yo, ya ves. Pero en la punta de cualquier calle, todavía se está asomando el campo y su libertad. Como en cualquier recuerdo de ayer, el tiempo en que la voluntad humana era también algo en el destino del hombre.

ESCENA CUARTA

(MANSILLA viene del galpón con el paso tan rápido como se lo permite su vejez.)

MANSILLA. — ¿Quiere venir, Mayor?

FERNANDO. —

(Mientras sigue al PEON.)

¿Pa qué me querés?

MANSILLA. — Pa ver si reconoce al trompeta que manda los milicos.

FERNANDO. — ¿Están ahí?..

MANSILLA. — No; pero se les ve clarito ir bordeando las lagunas del bañao.

CARMEN. — ¿No vió a Tata?

MANSILLA. — No, niña.

(Los hombres vanse por el galpón.(

ESCENA QUINTA

(CARMEN se sienta en uno de los bancos de piedra, intentando leer. Pero apenas ha comenzado, FAUSTO entra en el patio. Y aprovechando la distracción de su hija, quédase un instante de pie, contemplándola. Aunque le tiene a su espalda se diría que es tan fuerte la sensación de su presencia, que pronto CARMEN alza el rostro, sorprendida, como si le hubiera oído hablar.)

CARMEN. —

(Riendo brevemente.)

Me hablaba, Tata, y distraída no lo oí.

FAUSTO. —

(Afectuoso.)

Yo no le hablé, mi hija.

CARMEN. —

(Sorprendida.)

¿No me habló? ¿De veras? Juraría que había oído su voz.

FAUSTO. —

(Sentándose. Como comentando un pensamiento anterior.)

Entonces, mi hija, ¿qué dice aquella gente?

CARMEN. — Ahora todos miran para acá. El gobierno le tiembla, y el pueblo lo espera.

FAUSTO. —

(Sonríe bondadoso y entristecido.)

Eso era antes; cuando el hombre créia en el hombre. Mas ahora... aquel tiempo se borró, sin esperar siquiera a que muriese el último de nosotros.

CARMEN. — Sin embargo, Tata, hasta allá llegan anuncios de alarmas, que corren un frío de miedo entre los del tirano. Y aquí uno repite una orden que a usted se le atribuye, y va corriendo por los pagos en chasques que nadie conoce.

FAUSTO. —

(Siempre sonriendo.)

Y usté ve que no es verdá. Sí, Mansilla parece que se ha vuelto muchacho, porque cuando llega a la pulpería, todos callan pa sólo mirarlo.

(Con clara alegría.)

¿No ha visto que el indio parece un jefe?

CARMEN. — Es, ya, lo que los hombres esperan: un jefe.

FAUSTO. —

(Con pena.)

¡Yo no puedo serlo! Usté ve lo que se ha hecho conmigo. ¡Tirao como una sobra!

(Pausa.)

Ni Fernando me acompañaría si lo envitase. Más fuerte que su amor a la divisa, es la rabia que les ha tomao. Después... él tiene razón. ¿Acaso iría pa servir a los paisanos, o pa servirlos a ellos?

(Pausa.)

¡Es triste!

CARMEN. — Fernando no es Fausto Garay.

FAUSTO. — No crea, mi hija; el muchacho es guapo y porfiao. Viéndome ir, capaz hasta de creer que he aflojao.

CARMEN. — Pero él no es usted, Tata. El se deja llevar por su odio. Usted no podría...

FAUSTO. — ¡Ah, claro!

(Pausa.)

¡La divisa de uno... tantos años en la frente! Pero vos ves que dejar áura a tu madre, pobre viejita... Ya nos vamos concluyendo los dos. ¡Que a lo menos pueda uno irse de la vida mirando los ojos del otro! Ella dice eso, y con razón. ¿Pa qué matarla de un disgusto?

(Pausa.)

Si todavía uno fuera convencido como antes...

CARMEN. —

(Pausa. Con amoroso acento.)

Fernando no piensa más que en su odio, muy justo, sí; Mama, en su amor... Pero usted, ¿qué vamos a hacer?, tendrá que vencer al odio y al amor.

FAUSTO. — Oh, en eso he cavilado todo el día. Por un lao, por otro, me van llegando las noticias de todos mis hombres. Yo estoy pronto, dice uno; y otro, y otro... Ya parece un río silencioso que empezó a correr y crecer...

(Poniendo la frente entre las palmas de las manos, los codos en las rodillas.)

¡Y que uno quede así, en la orilla, viendo pasar el río de una vida que fué la suya tantos años!...

(Pausa.)

Mas, ¿cómo olvidar todas las que los míos, mismo, me han hecho?

CARMEN. — Tata, por acordarse de eso, se olvida de los ojos que lo están mirando; de los oídos que se aguzan para oír en el viento su voz de orden. Y éstos son más que aquéllos. Y mejores.

FAUSTO. —

(Como consigo mismo.)

Ando solo por el campo y de repente es como si me llamaran los muertos. Ocasiones parece que van a levantarse de las cuchillas y a gritarme: ¿Qué hacés ahora, Fausto?

(Silencio dolorido.)

¡Todos tienen en la frente las divisas que les hice sacar pa traérselas de recuerdo a sus mujercitas... ¡Igual a la mía!...

(Pausa.)

Pero entre ellos y yo... éstos que ahora me han despresiao; manoseao, casi.

CARMEN. — Y después de éstos, Tata, los que vendrán mañana, y como aquéllos le gritan a su recuerdo ahora, le gritarán entonces a su memoria: "—¿Qué hiciste, Fausto?"

FAUSTO. —

(Poniéndose de pie. Deseando, vivamente, desviar la respuesta.)

¿Usté sabía que hace noches que duermo a campo?

CARMEN. — Sí, lo he sentido salir, ahogándome de angustia y miedo en la cama.

FAUSTO. —

(Poniendo su mano afectuosa sobre el hombro de CARMEN, que está también de pie.)

¿Y se áhoga de miedo, sólo porque salgo a dormir al fresco? ¿Tan miedosa, y quiere que vaya a la guerra?

CARMEN. — Sí, Tata.
FAUSTO. — ¿Y no ha pensao que allí es más fácil que me pialen pa siempre?
CARMEN. — Lo he pensado, y las lágrimas vienen a mis ojos.
FAUSTO. —

(Sorprendido.)

¿Cómo, entonces?
CARMEN. — Es que prefiero verlo así, aunque mi corazón se destroce. ¡No puedo hacer otra cosa!

(Avergonzada por lo que ha dicho.)

¿Qué voy a hacer?
FAUSTO. —

(Abrazándole tiernamente la cabeza.)

¡Hija mía... vos debiste salirme hombre!
LORETA. —

(Saliendo de la cocina con el mate.)

Aquí está el amargo, General.

TELON.

ESCENA SEXTA

(Es una tímida luz de media luna envolviendo aquel trozo del campo solitario. En el confín del horizonte, una graciosa NUBE blanca cuyos contornos se azulan y doran por la luz de la luna. En el límite cercano del paisaje alzan sus curvas las COLINAS, que son como el extremo del coro de ellas que danzan sobre la llanura con sus suaves formas en la noche. En el principio del llano que las COLINAS guardan y la NUBE corona, adelantándose a ellas, un corpulento OMBU. A su abrigo han venido a acostarse, burlando la vigilancia de los otros, FAUSTO GARAY y su viejo asistente. Mientras el Caudillo ha hecho de su recado y poncho cama en las raíces del árbol, MANSILLA se ha tirado en el campo abierto. Aquel está acostado con los ojos puestos en el cielo que se alza sobre su frente. El soldado se ha tendido boca abajo, apoyando el rostro sobre las manos cruzadas en el recado. Es su vieja costumbre de guerrero. Así podrá levantar, a breves y regulares inter-

valos, el torso, y atisbar el solitario silencio de la noche. No es cómoda, sin duda, su actitud para dormir. Pero no gritará un chajá en el bañado, un teru teru en la loma, o resoplará su caballo asustado en la soga, sin que él lo sienta. Y esto es lo que importa cuando se guarda el sueño de FAUSTO GARAY. El Caudillo ha venido a quedar casi oculto en la densa sombra que el OMBU voltea sobre él. MANSILLA, en la difusa claridad. Mientras uno tiene la cabeza colocada hacia el frente, el otro mira hacia el fondo del campo. Los separa además, una distancia de respeto y pudor; aunque ambos apenas si se han descalzado las botas y quitado el sombrero y el cinto.

MANSILLA. —

(Con ingenua satisfacción orgullosa.)

Hablando a lo bruto, General, y dispense la comparanza: el zorro pierde el pelo pero no las mañas.
(Ríe en voz baja.)

FAUSTO. —
(Con acento jovial.)

Esos no prenden ni una manea; cuanto más a un hombre.

MANSILLA. —
(No puede reprimir su alegría.)
¡Se la gané a la vida, canejo!... ¡Todavía me esperaba esto; pa algo estaban mis güesos de punta!...

FAUSTO. — Ya desconfiabas que no te tráia.

MANSILLA. —
(Con enojo inocente.)
Con esto de tanto tiempo en paz, usté no andaba más que rodiao por las mujeres de la casa, y el chacarero, y el de los árboles... ¡Si parecía que ya ni se acordaba del indio viejo!...
(Condescendiendo.)
Claro, las cosas son las cosas... y yo pa ésas no sirvo.

FAUSTO. — Bueno, indio; dormite que a lo mejor agatas si nos dejan echar un sueño entre cuero y carne.

MANSILLA. —
(Mirando la lejanía.)

Está de tormenta. Esas nubes grandes y pesadas, son agua que tal vez venga al cáer la luna.
(Dándose vuelta dispuesto a dormir.)

FAUSTO. — Antes vamos a ensillar.
Hasta luego.

MANSILLA. —
(Resignado a cortar el diálogo.)

Si no fuera por el murmullo en el silencio tan hondo, ¡está lindo pa prosiar!
(Volteando la cabeza sobre el dorso de las manos cruzadas en el recado.)

Que pase bien.

(Silencio. Los hombres se han dormido. Las pesadas nubes de la tormenta lejana han ahogado entre sus senos hinchados a la afilada luna. Y así queda el paisaje envuelto en una intensa luz azul de irrealidad. Un rayo ha podido filtrarse, y escinde sobre el tronco del OMBU en el instante en que comienza a oírse una voz viril y baja. El espíritu del viejo árbol campesino se ha corporizado en una confusa imagen que hiende su tronco y desde allí habla a la dormida conciencia del Caudillo.)

EL OMBU. — ¿Qué haces, Fausto Garay? La guerra ya está otra vez creciendo en altas voces que cruzan entre mis ramas, y sobre las multitudes se aguarda verte alzado como yo lo estoy en la llanura. ¡Oh, tú no podrás desertar de ella, como yo no podré desaparecer del paisaje, mientras el campo conserve su libertad. Nacimos en un idéntico destino, que a los dos abatirá cuando los cercos se estrechen de tal modo que tus raíces y las mías en ellos se ahoguen. Sobre mi frente gira el sol en círculos eternos y a mis pies la sombra fugitiva se encoge o separa, huyendo de las brillantes lanzas. Así, en tanto sirvo a este tenaz combate, sobre la llanura mi sombra es el compás del tiempo. ¿No señalan igual, tus generaciones de caudillos, las épocas de la vida en

el campo? Cuando en mis ramas se duermen los pájaros, sobre mi copa cantan las estrellas. Ahora que en tus brazos ha venido a dormirse, herido, el pájaro de la libertad, ¿por qué no alza tu boca el canto de la esperanza?

(MANSILLA ha erguido el torso sobre el recado, atisbando las azules soledades y haciendo callar la voz del árbol. FAUSTO se da vuelta inquieto en su improvisado lecho y al ver a MANSILLA, habla.)

FAUSTO. — ¿Oíste algo, Mansilla?

MANSILLA. — No, General; sólo resuena el silencio. Duerma a gusto.

(Y los dos vuelven a tenderse. La luna se alarga sobre las curvas de las COLINAS, cuando de éstas se alzan, leves imágenes de su gracia, las formas de su alma y hablan.)

LAS COLINAS. — ¿Qué haces, Fausto Garay, que no sientes nuestra dolorosa esclavitud? Mira qué lejos estamos de ti y de tus paisanos. En la inocente mañana de esta tierra, ¡con qué amor nos poseía el hombre! Y era una venturosa intimidad que nadie turbaba. Sobre nosotras dormía sueños de reposo el matrero; un pequeño pañuelo violeta era el cerco del labrador en nuestra frente. ¡Entonces éramos de todos, y sólo el amor nos tomaba!... Míranos ahora: Desde que nos han ceñido estas livianas cadenas de los alambrados, andan escondidos, como huyéndonos, los que nos amaban. Nos poseen hombres extraños que no ven la gracia de nuestras curvas, ni oyen la música de nuestra danza entre los horizontes. Así, bajo la ceñuda mirada de codicia suya, hemos perdido el candor. Y mientras tanto, los que nos amaban se aprietan contra los pueblos, en ranchos oscurecidos de miseria. Fausto: ¡llámalos que regresen, y libértanos!... Que no falte a cada uno de ellos, una de nosotras. Ni a nosotras un hombre que viva, trabaje y sueñe sobre nuestras dulces curvas. Nuestro compás es el del galope de tu caballo: una loma, un llano; una

loma, un llano... Y el tuyo hacía resonar al nuestro, en libre música, hasta el fin de los campos. ¿Por qué no montas ya, Fausto Garay?

(De nuevo MANSILLA se ha erguido y su mirada ha puesto en fuga a las gráciles formas cuyas voces hablaban sólo para el sueño de FAUSTO. Este vuelve a moverse en el recado.)

FAUSTO. —

(Con voz de sueño.)

¿Hablabas, indio?

MANSILLA. —

(Ya acostándose de nuevo.)

No, General. Es este costumbre de cuando antes lo acompañaba; pellizco un sueñito, y escucho.

(Con la lentitud de quien dice ya las últimas palabras antes de dormirse.)

Los caballos están durmiendo tranquilos en la soga.

(Silencio. La luz se aviva en el cielo que cierra el horizonte. Como una forma más de su blancura azulada se alza, corpórea, la voz de plata de la NUBE.)

LA NUBE. — ¿Qué haces, Fausto Garay? Venía de cielos manchados por mis hermanas, heridas y sucias, que los hombres sufrientes lanzan al aire, como un oscuro clamor desde las altas chimeneas de las ciudades. Pero desde que mis sombras comenzaban a suavizar las curvas de tus cuchillas, ya no veía más que la libertad de tu galope sobre el campo. Desde los horizontes mi paso por las llanuras azules, es fuga de cándidas majadas huyendo del abrazo con que el pampero nos persigue. Pero antes de ceder a la violenta pasión con que quiere guardarnos, nos deshacemos en muerte de lluvia sobre la tierra suspensa. ¿Antes que perder entre brutales brazos su alma libre, no regaron tus paisanos con su sangre estos campos que te miran dormir, Fausto Garay? Frágil destino de libertad: nuestra en lo alto, vuestra en el llano. Pero que nos deja el fugaz instante de una bella muerte, para fecundar la vida. ¿Lo dejarás pasar, Fausto Garay?

(La liviana forma de la nube calla y huye al levantarse el torso de MANSILLA.)

MANSILLA. —

(Atisba un instante la lejanía; mira luego con admiración enternecida a su Caudillo, y por fin se tiende para un sueño confiado.)

Ya no vienen esos maulas. Voy a tenderme a gusto... Que no vale la pena perder por ellos el sueño.

(Silencio.)

MANSILLA. —

(Soñando en voz alta.)

¡Bárbaros... avisen, pues!...

(Ríe fuerte y sus voces despiertan a FAUSTO que se sienta y escucha, pensativo.)

¡No, no carece que ustedes se levanten de aonde están! Mientras en estos campos haiga un caballo, una vaca pa carniar, y un Caudillo... todavía habrá hombres sobre esta tierra... ¿Te reís?

(Como sintiendo a alguien que le hablara.)

¡No... está claro... y mientras haiga memoria de ustedes!... Eso es; buscar al hombre...

(Ríe.)

¡Sí, anda como perdido!...

FAUSTO. —

(Tomándole un brazo y sacudiéndolo hasta hacerlo despertar.)

¿Con quién alegás, indio?

MANSILLA. —

(Todavía con el sueño en la voz y los ojos.)

¿Eh?... ¡Ah!...

(Sonriendo.)

¡Cosas de dormido!... ¡Soñando, salté pa atrás en el tiempo!

TELON.

ESCENA SEPTIMA

(Es el frente de la estancia visto en el Acto Segundo. El anochecer pone un tono dorado en el cielo y las copas de los árboles. Frente a la puerta del galpón, junto a las raíces del ombú, un grupo de paisanos entre los que se hallan JORGE MANSILLA, CORNELIO y un PAYADOR, se ocupan, unos en revisar sus armas guerreras, otros sus recados, mientras el Payador templa la guitarra. Junto a la palma, el grupo de oficiales entre los que se ve a FERNANDO y EDUVIGES; sus lan-

zas descansan recostadas en el alto y grueso tronco. Bajo el paraíso, sirviéndose de la mesa de piedra, rodeando a AGUSTINA y ayudándola, CARMEN y LORETA se ocupan en envalijar un poncho de invierno y doblar cuidadosamente ropas blancas que guardan en maletas. Es visible el contraste entre la tranquilidad con que los hombres aguardan un definitivo instante próximo, y el apresuramiento febril con que las mujeres temen que las alcance sin haber terminado sus quehaceres. Sobre la escena, dispersos, recados prontos para ensillar, ponchos arrollados, y algunas lanzas rústicas. Aunque ya se va haciendo la noche, sólo está encendida la luz roja del fogón de los soldados.)

CARMEN. —

(Sin cesar en su trabajo. A AGUSTINA, bromeando.)

¿Cómo, señora, este contento? Creí que iba a estar llorando.

AGUSTINA. —

(Con inquieta alegría.)

¡Ay, mi hija, así somos... Qué se yo!... ¿Te crees que no siento lo que pueda pasarle? ¿Y a su edad? Pero, ahí lo tienes...

CARMEN. —

(Inquieta.)

Estoy temblando de pensar que a Máximo le haya pasado algo y no llegue a tiempo.

AGUSTINA. —

(Consigo misma.)

Me da vergüenza... Yo debía ser más fuerte y pedirle, aunque sea de rodillas... ¿Pero quién ata ya sus pasos? Ni la vejez, ni el desengaño... ni su misma voluntad. ¿Cómo habría de ser más fuerte mi ruego? Cuando él está distraído, una piensa bien y por sí misma, sus cosas. Pero cuando el enojo o la alegría le avivan la mirada y le empujan a la acción, todas mis palabras se me pierden y se secan mis lágrimas en esta alma prestada que su entusiasmo levanta dentro de mí.

LORETA. — No ve Fernando, también; él, que no iba ni atao!... Los llama la guerra como una querencia... ¡Ah!...

(Y se aparta del grupo y va, ocultándose, a enjugarse con el delantal las lágrimas que turban su mirada.)

PAYADOR. —

(Acompañándose de la guitarra, canta.)

Ya está Garay a caballo
¿Quién acortará sus rumbos?
El miedo va a su vanguardia
Quebrando los enemigos.
Puntea la muerte en su lanza
Largos caminos de espanto.

(Un brusco silencio cierra los labios del PAYADOR, calla las voces de su guitarra y el animado comentario que movía los gestos de todos. Graves los rostros, descubiertas las cabezas, tiesos los cuerpos, ahora todos los hombres están de pie. Es que FAUSTO GARAY en cuya blanca melena al viento clarea la mortecina luz de la tarde, ha llegado al patio desde el campo. El viejo MANSILLA le sigue en la sombra que el crepúsculo alarga del recio cuerpo del Caudillo.)

FAUSTO. —

(Su paso es más vivo que nunca; su mirada alegre; la voz ágil y sonora. Dirigiéndose a uno de los oficiales. Bromeando.)

¿Qué hay, Martín Cristo ¿Todavía bailan tus güesos?

MARTIN. —

(Dichoso de ser objeto de aquella jovialidad.)

Pa seguirlo a usté...

FAUSTO. — No; digo si todavía te gustan los pericones... pa no mandarte de bombero a donde haiga rancho cerca.

FERNANDO. —

(Es la primera vez que su gesto y voz tienen una iluminada alegría.)

¿Le gusta la danza, General?

FAUSTO. — Por bailar una noche, él y Pedro el Malevo cayeron en los maneadores enemigos. Y a mí, al otro día, me sorprendió Latorre.

MARTIN. —

(Riendo ante el recuerdo.)

¡Cosas del Malevo... que en paz descanse!

FAUSTO. —

(Al PAYADOR.)

Me parece que en tu guitarra no va a sonar más música que la del viento, cuando la llevés a la espalda.

PAYADOR. —

(Ahora es de él la alegría que gozó MARTIN.)

¿Le parece, General?

FAUSTO. — Es que nos van a pisar los talones desde que salgamos del pago.

PAYADOR. — Será una música bárbara, a la que habrá que buscarle un compuesto.

FAUSTO. —

(Acercándose a las mujeres para ir, seguido de AGUSTINA, a entrar en la casa.)

No precisa tanta cosa en la maleta.
¡No estamos de mudanza!

AGUSTINA. — Mansilla sabrá llevarte todo.

(A MANSILLA, que viene en pos de ambos.)

¿Lleva la plancha?

MANSILLA. —

(Grave como nunca.)

Yo no me olvido de nada. En cuarenta años que vamos juntos, ¿todavía no voy a saber lo que él carece?

FAUSTO. —

(A CARMEN.)

¿Vendrá su marido? Mejor será que se quede. Le va a moler el caballo.

CARMEN. — Me tiene inquieta; ya debía estar aquí. ¿Habrán detenido a la diligencia?

FAUSTO. —

(Ya entrando, seguido de su mujer y MANSILLA.)

Todavía no. Pueden, eso sí, haberle arriao alguna tropilla.

(Los hombres vuelven a ponerse los sombreros, y a formar sus ruedas. A poco sale del zaguán MANSILLA trayendo la lanza del Caudillo. Con gesto grave y orgulloso, apoyado en ella, quédase guardando la puerta por donde ha entrado su jefe.)

JORGE. —

(Ha visto a su padre tener la lanza, y decidido se ha puesto de pie y llega hasta él.)

¡Traigalá... ese trabajo es mío!...

MANSILLA. —

(Despectivo y sin dignarse hacer el más leve ademán.)

¿Desde cuándo?

JORGE. —
(Con asombro.)
Desde la pasada, pues.
MANSILLA. —
(En el mismo tono de antes.)
Cuando yo no iba.
JORGE. —
(Tendiendo la mano como si fuera a tomar el arma en que se apoya su padre.)
¡Tata, no me quite ese trabajo... que yo me lo gané!
MANSILLA. —
(Impasible el gesto, aunque enérgica la voz.)
¡Retiresé, canejo! ¿No está viendo que soy sargento? ¡Respete, pues!
JORGE. —
(Vacila antes de alejarse lentamente.)
Ta bien... ¡pero no es justo! Si no juera por su categoría...
AGUSTINA. —
(Su voz desde una de las ventanas. Ya la alegría del acento se siente empañada de tristeza.)
¡Fernando!...
FERNANDO. —
(Poniéndose de pie.)
Señora...
(Camina en dirección al zaguán.)
AGUSTINA. — Te llama tu padre.
CARMEN. —
(Señalando al campo.)
¿Aquél no es Máximo, Loreta?
LORETA. — Sí, pues; ahí viene llegando.
CARMEN. —
(Mientras sale al encuentro de su marido.)
Jorge, lleve estas cosas de Tata.
JORGE. —
(Obedeciendo.)
No vaya a querer mi padre, también quitármelas.
FERNANDO. —
(Vuelve del zaguán y de pie en el centro del patio, dice con la más alegre voz.)
¡Compañeros: a caballo!

(En breves momentos quedan solos en la escena, MANSILLA apoyado en la lanza y LORETA que va de un lado a otro con creciente dolor.)

ESCENA OCTAVA

CARMEN. —

(Se oye su voz acercándose.)

¡Creí que no llegabas a tiempo!... ¡Me moría de impaciencia!

MAXIMO. —

(Viene con traje de montar. Trae huellas, en el andar y el gesto, de un extenuante cansancio.)

Yo también lo creí. ¡Las leguas que he recorrido entre ir y venir! ¿Está ahí el General?

CARMEN. — Sí, está adentro.

MAXIMO. —

(Sentándose en el banco más próximo.)

Bueno...

(Vacila.)

Vamos a ver cómo lo detengo.

CARMEN. —

(Sorprendida.)

¿A quién?

MAXIMO. — A él, pues.

CARMEN. —

(Todavía sin comprender.)

¿Detenerlo en qué?

MAXIMO. —

(Como si no advirtiera el asombro de su esposa.)

Han discutido mucho, medido y pesado, y vuelto a medir, todas las circunstancias. Y sin el ejército y el dinero que se había prometido, y los diarios cerrados... ¡No es posible!

CARMEN. —

(Entre el asombro y la indignación.)

¿Qué no es posible?

MAXIMO. — La revolución.

CARMEN. — ¿Pero están locos? ¿No eran ellos que la querían?

MAXIMO. — Sí... pero las circunstancias...

(Al apercibirse del tono de disputa que va adquiriendo el diálogo entre los esposos, MANSILLA vase sin ser notado hacia el campo.)

CARMEN. —

(Entre el reproche y el ruego.)

¡Máximo!... ¿Pero y los hombres? ¡Tú no crees en ellos!

MAXIMO. — Sería el sacrificio...

CARMEN. — ¿Qué cosa grande ha hecho el hombre, sin sacrificio? Sólo cree que no sufre, ni lucha, cuando es esclavo.

MAXIMO. —

(Poniéndose de pie.)

Bueno; será preciso decírselo.

CARMEN. —

(Ya en el límite de la indignación.)

¿Tú serás capaz?

MAXIMO. — A eso vine.

CARMEN. —

(Implorante.)

¡Máximo... Máximo, esposo mío! Dime, insúltame, grítame lo que quieras... pero no cubras de vergüenza para siempre mi vida diciéndome que tú no vas!

(Parece que va a arrodillarse.)

Tú sabes que ya mi vientre perdió sus formas vírgenes, porque en él está naciendo un hijo tuyo. Nada hay para mí más sagrado que él, porque es tuyo!...

(Con desolación.)

Pero aún así, querría que no viniese al mundo, si su frente ha de nacer humillada por una deserción de su padre. ¡Quiéreme, Máximo, como yo te amo!

MAXIMO. —

(Sin decrecer en su enojo.)

¿Qué amor es este tuyo, que en vez de la ternura arde en deseos de un bárbaro coraje? ¿Quién te ha dicho que es de mujeres el heroísmo?

(Pretendiendo alejarse.)

Yo no haré locuras por parecer un valiente. Sé lo que pienso.

CARMEN.—
(Alzándose frente a él.)
Y a ti, ¿quién te ha dicho que no es para nosotras la heroicidad? ¡A ustedes les cuesta! Por eso a toda cosa que hacen con doloroso esfuerzo, le llaman heroico. ¡Míranos a nosotras, en cambio, y avergüénzate de lo que has dicho!

MAXIMO. —
(Intentando herir con su desprecio.)
¡Tú ya no eres una mujer... sino la hija de un caudillo!

CARMEN. — De vientres como el nuestro, salió la sangre que hizo la libertad de esta tierra. Porque nosotras sí, somos la simiente de todo desinteresado heroísmo; está en la fatalidad de nuestro organismo de mujeres. Así damos nuestros hijos...

MAXIMO. —
(Siempre despectivo.)
¡Y así quieren entregar sus esposos a la guerra!...

CARMEN. — ¡A nuestros esposos y a nuestros hijos! Desde que un hombre quitó a otro lo suyo con injusticia, ¿qué más generoso heroísmo que el nuestro, preparando a los hijos para darlos a la muerte? ¡Ah, no los criamos para nuestro amor, si no para vuestro odio!

(Desde la lejanía llegan las altas voces de un clarín llamando para la marcha.)

MAXIMO. —
(Sorprendido.)
¿Qué es eso?

CARMEN. — ¡La voz que te llama!

MAXIMO. —
(Mientras se pasea nerviosamente, va alejándose hasta desaparecer por el espacio entre el galpón y la casa.)
Yo tendré que decírselo... ¡Esta conducta compromete las tratativas!...

CARMEN. —
(Siguiéndolo.)
Los caballos ya hacen sonar las coscojas de sus frenos; vuela el viento en sus golillas; pesan las lanzas en las manos... ¡Qué discurso podrán oírte?

MAXIMO. —

(Consigo mismo. Desesperado. Ya a punto de desaparecer.)

¿Será posible que no escuche él la orden de los dirigentes? ¿Y yo tendré que callármela? ¿Cómo haré?

CARMEN. —

(Yéndose tras suyo. Casi gritando.)

¡Anda... aprieta bien tus manitas finas!... Tal vez consigas ahogar al pampero!...

MAXIMO. — ¡Eres tan bárbara como ellos!

CARMEN. —

(Roto en llanto su enojo.)

¡Y tú no eras mi marido!

ESCENA NOVENA

(LORETA anda en el patio, como una doliente figura olvidada. Así va del patio al galpón, de éste al ombú, de aquí al campo, y vuelve. Da la sensación de buscar algo que ha perdido, o aguardar impaciente a alguien que al mismo tiempo ella sabe que no vendrá. Y a cortos intervalos el delantal va secando las silenciosas lágrimas que ruedan por su rostro envejecido. Así la encuentra FAUSTO, cuando asoma en el patio ya vestido para la marcha. Las ropas de guerrero del Caudillo son idénticas a aquellas que usaba cuando regresó en el Primer Acto.)

FAUSTO. — Andá pa adentro, Loreta, y acompañá a la viejita.

LORETA. —

(Volviendo del paraíso hacia el zaguán.)

Sí, señor.

FAUSTO. — ¿Y Carmencita?

LORETA. —

(Deteniéndose.)

Salió pa aquel rumbo, siguiendo a su marido. La sentí llorar a la pobre.

FAUSTO. — Entonces no la llamés. ¿Pa qué hacerla sufrir?

LORETA. — Su marido parece que no va.

FAUSTO. —

(Indiferente.)

Estaba visto.

(Adelantándose con los brazos abiertos.)

Bueno, china, dame el abrazo de la despedida.

(Loreta no puede contener ya su emoción, y solloza fuertemente mientras se deja acoger entre los pliegues del poncho del Caudillo.)

FAUSTO. —

(Sorprendido. Paternal.)

¿Y ahora vos también, china? ¿Por qué ese llanto? Cuando debías ser la más tranquila... En ésta no te llevo ninguno...

LORETA. — ¡Por eso lloro, don Fausto! Ya no tengo ninguno para darle... ¡y mi vientre reseco nunca más se lo dará!

FAUSTO. —

(Bondadoso.)

Vamos, serénate. Ya diste cuanto tenías... Yo mismo, ésta será la última que me ve.

(Pausa.)

Creo que pa todos será así...

(Grave.)

Sí, la última...

LORETA. — ¡Ay, don Fausto... siempre la última!...

(Desolada.)

¿Quién sembró la injusticia sobre la tierra?

FAUSTO. — ¡Vaya a saber, china!... Nosotros hemos querido barrerla del campo...

(Con tristeza.)

Pero cambian las manos, y la sucia semilla sigue siendo la misma. De un tiempo pa otro.

LORETA. — ¿Cómo puede usté creer, entonces, que ésta será la última?

FAUSTO. — ¡Ah!... si nos faltara esa esperanza... ¿Quién iría?

(Y las dos frentes se abaten, unidas y bajo el peso de un mismo pensamiento.)

TELON.



Música del estilo del Acto Tercero

Compuesta por María Julia Garayalde de Zavala Muniz

OBRAS DEL AUTOR



"CRONICA DE MUNIZ" —1921 —(Agotada).

"CRONICA DE UN CRIMEN" —1926— (Agotada).

"CRONICA DE LA REJA" —1930— (Agotada).

"LA CRUZ DE LOS CAMINOS" —Teatro, 1933— (A

"LA REVOLUCION DE ENERO" —1935— (Agotada).

"BRUHAHA" —Novela brasileña de Pedro Motta Lima, Traducción, 1937— (Agotada).

"EN UN RINCON DEL TACUARI" —Teatro, 1938—.

"FAUSTO GARAY" —Teatro, 1942—.



EN PRENSA



"ALTO ALEGRE" —Teatro, estrenada en Buenos Aires, 1940—

EDICIONES
NUEVA AMERICA

Tribuna del pensamiento contemporáneo americano.

Sin fronteras territoriales, ni mentales, ni estéticas.

Selección de calidades.

El espíritu del mundo, luchando y recreándose sobre los campos de América.

Novela y poema. Pero también la ciencia, en sus proyecciones sociales, sin la cual no pueden comprenderse los fenómenos y las causas de nuestra civilización.

Pensamiento uruguayo, extendido hacia América.

De América, difundido en el Uruguay.

Del mundo cuando trabaja por nuestro destino.

Ediciones
NUEVA AMERICA
Vol.: 9

TALLERES GRAFICOS "SUR" S. A.